

F011
0h2
8



MINISTERIO DE CULTURA Y EDUCACION

PREMIO "AMADO ALONSO" II

1988

**HOMENAJE A
DON RAFAEL LAPESA MELGAR**

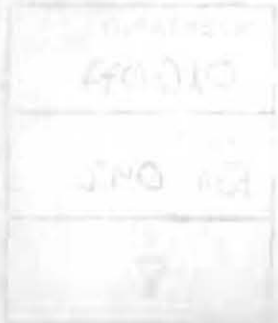
Ciclo de conferencias pronunciadas
en el Centro Cultural General San Martín,
entre los días 22 y 23 de setiembre de 1988

BUENOS AIRES

1991

INVENTARIO
016077
SIG. TOP.
Fon 042
8

Centro Nac. Información
Documental Educativa
Fizca 1015 2da Sueldo
(1028) 01 1015 2da Sueldo Bs. As.
Instituto de Investigaciones



Presidente de la Nación
Doctor Carlos Saúl MENEM

Ministro de Cultura y Educación
Profesor Antonio Francisco SALONIA

Subsecretario de Educación
Doctor Luis Antonio BARRY

Subsecretario de Coordinación Educacional,
Científica y Cultural
Licenciado Pablo AGUILERA

PREMIO "AMADO ALONSO"

II

**HOMENAJE A
DON RAFAEL LAPESA MELGAR**

**Centro Nac. Información
Documental Educativa**

Pizzurno 335 Sub. Suelo
(1020) Ciudad Autónoma de Bs. As.
República Argentina

Expte. Nº 41.356/84

Buenos Aires, 10 de setiembre de 1984

VISTO que no existe en el país un premio que considere conjuntamente la labor científica en filología, lingüística y literatura y su aplicación en la enseñanza, y

CONSIDERANDO:

Que es objetivo primordial en las políticas de este Ministerio propiciar la investigación científica relacionada con el hecho educativo.

Que es necesario distinguir los esfuerzos de las personas que hayan contribuido a esa investigación con obras filológicas, lingüísticas y literarias trascendentes en nuestro país y en el exterior.

Que es justo y ejemplar crear un premio honorífico destinado a recompensar estos actos académicos y para ello nada mejor que instituirlo con el nombre de Amado Alonso.

Que el doctor Amado Alonso, nacido en Lería, Provincia de Navarra, España, nacionalizado argentino en 1938, fue catedrático especial de Lingüística Romance en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires desde 1927 hasta 1946 y asimismo también desde 1927 Director del Instituto de Filología que actualmente lleva su nombre, y profesor de Gramática Histórica en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario de Buenos Aires desde 1928 y miembro correspondiente de la Junta de Historia y Numismática (actualmente Academia Nacional de la Historia) y de la Academia Argentina de Letras.

Que además de su relevante labor docente, dirigió la Revista de Filología Hispánica, fundada en 1939, como también colecciones de revistas literarias que vieron la luz en esta su patria de adopción.

Que a partir de 1946 se radicó en Estados Unidos de América, ejerciendo en la Universidad de Harvard. Falleció en dicho país en 1952.

COMISION DE HOMENAJE

Prof. Raquel D. R. de Albornoz, Dr. Carlos Alconada Aramburú, Prof. Alfredo Bravo, Prof. Celia A. de Córscico, Prof. Rosa R. de Genijovich, Dra. María del Carmen Porrúa, Prof. Mabel M. de Rosetti, Ernesto Sábato, Dr. Horacio Sanguinetti, Prof. Nelly Z. de Speroni, Prof. Susana Zani.

Por ello,

EL MINISTRO DE EDUCACION Y JUSTICIA

R E S U E L V E :

Artículo 1º — Instituir un premio honorífico destinado a distinguir a filólogos, lingüistas y literatos de habla hispana que hayan contribuido con su obra y labor docente, a la enseñanza.

Art. 2º — El premio se denominará "AMADO ALONSO" en honor del filólogo español que fundó las modernas escuelas de investigación literaria y lingüística argentinas, maestro de muchos y brillantes discípulos.

Art. 3º — El premio consistirá en un diploma de honor que otorgará el Ministerio de Educación y Justicia, sin perjuicio de incorporar otras distinciones, con el mismo nombre, que sean donadas a ese efecto y aceptadas por este Ministerio.

Art. 4º — El premio tendrá una periodicidad bienal otorgándose la primera vez directamente, y las posteriores conforme a la reglamentación que al efecto deberá dictarse.

Art. 5º — Regístrese, comuníquese y archívese.

Dr. CARLOS R. S. ALCONADA ARAMBURU
Ministro de Educación y Justicia

RESOLUCION Nº 1732

Actuación S.E. Nº 2148

Buenos Aires, 10 de julio de 1986

VISTO la Resolución Nº 2000/84 por la que se dispone la creación del Premio "AMADO ALONSO" destinado a filólogos, lingüistas y críticos y teóricos literarios que han contribuido al mejoramiento del hecho docente en todos sus niveles, y

CONSIDERANDO:

Que el mencionado Premio se otorgará con una frecuencia bienal.

Que en cumplimiento de lo determinado por la citada medida resolutive es necesario proceder a dictar las normas que reglamentarán su otorgamiento.

Que durante el corriente año nuevamente deberá hacerse entrega del mismo.

Por ello, y de conformidad con lo aconsejado por la Secretaría de Educación.

El Ministro de Educación y Justicia

R E S U E L V E :

Artículo 1º — Aprobar a partir de la fecha, el Reglamento por el que se regirá el otorgamiento del Premio "AMADO ALONSO", que como Anexo I forma parte de la presente resolución.

Art. 2º — Adoptar las medidas pertinentes que posibiliten el otorgamiento durante el corriente año del mencionado Premio de acuerdo con lo dispuesto oportunamente.

Art. 3º — Regístrese, comuníquese y archívese.

Dr. JULIO RAUL RAJNERI
Ministro de Educación y Justicia

**ANEXO I
REGLAMENTO****DEL CANDIDATO:**

Primero: El Candidato al Premio "AMADO ALONSO" debe haberse dedicado a la lingüística, la filología y/o la teoría y la crítica literaria y al mismo tiempo, haber desarrollado una obra importante en educación, evidenciado por los discípulos que haya formado y en sus intereses por la docencia, todo ello revelado en su obra escrita.

Segundo: Debe ser natural de España o de un país hispanoamericano.

Tercero: El premio se otorga en vida, por la totalidad de la obra y de la actuación profesional, y no por un trabajo en particular.

DE LA COMISION PERMANENTE:

Cuarto: Estará integrada por el Ministro de Educación y Justicia, el Secretario de Educación y el Decano de la Facultad de Filosofía y Letras o de Humanidades de una Universidad Nacional elegida en forma rotativa, y un Secretario Ejecutivo a designar.

Quinto: Serán sus funciones:

- a) Determinar la periodicidad de sus reuniones.
- b) Invitar a instituciones nacionales y extranjeras a que propongan sus candidatos fijando la fecha de presentación en un plazo no mayor de sesenta (60) días.
- c) Convocar al Jurado, una vez vencido el plazo de presentación de los candidatos, el que deberá expedirse en un plazo no mayor de treinta (30) días.
- d) Constituir la Comisión de Homenaje, una vez elegido el candidato, la que se formará con amigos, colegas y personalidades dedicadas al quehacer humanístico que motiva el premio.

DE LA COMISION DE HOMENAJE:

Sexto: Deberá proyectar y realizar:

- a) Un acto académico para otorgar el Premio "AMADO ALONSO" presidido por el Ministro de Educación y Justicia.
- b) Un ciclo de conferencias relativo a Lingüística, Filología y Crítica y Teoría Literaria a realizarse en coincidencia con el acto de entrega del Premio.
- c) Una publicación de los trabajos presentados en el ciclo a cargo del Ministerio de Educación y Justicia.

DEL JURADO:

Séptimo: Estará integrado por cinco (5) especialistas designados por el Ministerio de Educación y Justicia, entre los que se dará preferencia a los ya premiados, los cuales designarán un Presidente en su seno.

Octavo: Votarán los cinco (5) integrantes y será premiado quien obtenga más de la mitad de los votos. En el caso de no obtenerse la mayoría reglamentaria en una primera o una segunda votación se resolverá por mayoría simple, y, de no alcanzarse ésta, el nuevo voto del Presidente decidirá.

DE LA FECHA DE ENTREGA:

Noveno: Se procurará que la entrega del Premio coincida con la del nacimiento del doctor AMADO ALONSO, 13 de setiembre.

RESOLUCION N° 618

Expte. N° 56.231/87

Buenos Aires, 22 de diciembre de 1987

VISTO la Resolución N° 2000/84 por la que se instituyó el Premio "AMADO ALONSO" destinado a distinguir a filólogos, lingüistas y literatos de habla hispana que hayan contribuido con su obra y labor docente, a la enseñanza, y

CONSIDERANDO:

Que el respectivo Reglamento aprobado por la Resolución N° 1732/88 establece una Comisión Permanente integrada por el Ministro de Educación y Justicia, el Secretario de Educación, el Decano de la Facultad de Filosofía y Letras o de Humanidades de una Universidad Nacional elegida en forma rotativa, y un Secretario Ejecutivo.

Que resulta necesario proceder a la designación del Secretario Ejecutivo.

Por ello,

El Ministro de Educación y Justicia

R E S U E L V E :

Artículo 1° — Designar Secretaria Ejecutiva de la Comisión Permanente del Premio "AMADO ALONSO" a la Profesora Clara Wolf (DNI N° 0.179.241).

Art. 2° — Regístrese, comuníquese y archívese.

JORGE F. SABATO
Ministro de Educación y Justicia

DE LA COMISION PERMANENTE

En el Anexo I del Reglamento correspondiente al Premio "Amado Alonso", aprobado mediante la Resolución Nº 1732/86, por el Art. Cuarto, se dispone que la *Comisión Permanente* estará integrada por el Ministro de Educación y Justicia, el Secretario de Educación y el Decano de la Facultad de Filosofía y Letras o de Humanidades de una Universidad elegida en forma rotativa, y un Secretario Ejecutivo a designar.

En esta oportunidad, la Comisión Permanente quedó constituida por la *Prof. Susana Zani como representante del Sr. Ministro de Educación y Justicia*, Dr. Jorge F. Sábato, la *Prof. Raquel D. R. de Albornoz como representante del Sr. Secretario de Educación*, Dr. Adolfo Stubrin, y por la *Dra. María del Carmen Porrúa como representante del Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de U.B.A.*, Dr. Norberto Rodríguez Bustamante.

Por la Resolución Ministerial Nº 618 del 22/12/87, fue designada *Secretaria Ejecutiva de la Comisión Permanente del Premio "Amado Alonso" la Profesora Clara Wolf.*

Del Jurado

Para dar cumplimiento al Art. Séptimo del Anexo I del Reglamento ya citado, integraron el Jurado *el Sr. Ministro de Educación y Justicia, Dr. Jorge F. Sábato*, en calidad de *Presidente* del mismo; *la Dra. Ana María Barrenechea*, como *representante* de los ya premiados; *la Dra. Beatriz Rosario Lavandera* por el área de *Lingüística*; *el Prof. Gregorio Weinberg* por el área de la *Didáctica* y *el Prof. Enrique Pezzoni* por el área de la *Teoría y Crítica Literarias*. Reunidos el 13 de mayo de 1988, los miembros del Jurado, al cabo de sus deliberaciones, redactaron y firmaron el Acta, según la cual consagraron *premiado* al *Dr. Rafael Lapesa Melgar.*

En Buenos Aires, a los trece días del mes de mayo de mil novecientos ochenta y ocho, en el salón Luz Vieira Méndez, del Palacio Pizzurno, siendo las once, se reúnen los miembros del jurado para discernir, entre los postulantes, quien será premiado con el "Premio Amado Alonso". Integran el jurado el señor Ministro de Educación y Justicia, doctor Jorge F. Sábato, doctora Ana María Barrenechea, doctora Beatriz R. Lavandera, profesor Enrique Pezzoni, y profesor Gregorio Weinberg. Después de considerar cuidadosamente los antecedentes de los veintidós candidatos postulados, y establecidos de común acuerdo los criterios de selección, el jurado resuelve por unanimidad otorgar la distinción al doctor Rafael Lapesa Melgar. Siendo las doce, el jurado levanta la sesión.

Reproducción textual del Acta del Jurado.

INTRODUCCIÓN

RAFAEL LAPESA MELGAR
(Curriculum vitae y bibliografía)

Nació en Valencia el 8 de febrero de 1908. Trasladado a Madrid en 1916, cursó el bachillerato en el Instituto Cardenal Cisneros y la carrera de Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid, donde se licenció en Letras en 1927 y se doctoró en 1931. Se inició en la investigación filológica en el Centro de Estudios Históricos bajo el magisterio directo de Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro y Tomás Navarro Tomás. Fue profesor de institutos nacionales de enseñanza media en Madrid, Oviedo y Salamanca desde 1930 a 1947, año en que gana, por oposición, en la Universidad de Madrid, la cátedra de Gramática Histórica de la Lengua Española —luego llamada Historia de la Lengua Española— que desempeñó hasta su jubilación en 1978. Desde 1947 trabaja en el Seminario de Lexicología de la Real Academia Española; subdirector desde 1950 hasta 1968, fue luego su director. La Academia lo eligió miembro de número en 1950 y secretario en 1964, cargo al que renunció en 1971. Recientemente fue nombrado director de esta docta institución.

Su magisterio traspasó las fronteras hispánicas. Fue profesor en las universidades norteamericanas de Princeton, Harvard, Yale, California, Pennsylvania y Wisconsin. Asimismo se desempeñó como docente en la Universidad de Puerto Rico, en el Colegio de México y en nuestras Universidades de Buenos Aires y La Plata.

Como conferenciante y congresista ha recorrido prácticamente toda Europa y América.

Fue Vicepresidente y Presidente de la Asociación Internacional de Hispanistas. Es doctor honoris causa de la Universidad de Toulouse; miembro de honor de la Modern Languages Association of América y de la American Association of Teachers

of Spanish and Portuguese; miembro de la Hispanic Society of America; miembro correspondiente de la Academia Argentina de Letras, de la Academia Nacional de Letras del Uruguay, de la Academia de Artes y Letras de Puerto Rico, de la Academia Paraguaya de la Lengua, de la Real Academia Gallega, de la Real Academia de Letras de Barcelona, del Instituto de Estudios Asturianos, del Instituto "Alfonso el Magnánimo" de Valencia y del Centro de la Cultura Valenciana, Caballero de la Legión de Honor, Gran Cruz de la Orden de Andrés Bello y obtuvo el Gran Premio Príncipe de Asturias en 1986.

Su incansable labor en la investigación se concretó en múltiples artículos especializados y en libros fundamentales sobre historia de la lengua y la literatura española.

Sus artículos y ensayos sobre filología, historia y crítica literaria fueron recogidos por las más reconocidas revistas especializadas de España y el mundo.

ACTO DE ENTREGA DEL PREMIO "AMADO ALONSO" II
en el Colegio Nacional de Buenos Aires (21/9/88)

DON RAFAEL LAPESA MELGAR,
MAESTRO DE FILOLOGOS

Cuando el Ministerio de Educación y Justicia instituyó el Premio Internacional "Amado Alonso" marcó en sus considerandos que era "objetivo primordial en las políticas de ese Ministerio propiciar la investigación científica relacionada con el hecho educativo" e implícitamente consideró la importancia que tenían en el desarrollo del hecho educativo "los estudios filológicos, lingüísticos y literarios". Destacaba así su relación con el hecho lingüístico de intercambio cotidiano y los que en la nomenclatura de Lotman se consideran los hechos lingüísticos de modelización secundaria, es decir las manifestaciones socio-culturales que, como las literarias, constituyen códigos de segundo nivel, capaces de conformar y ofrecer a los oyentes y lectores —que a su vez los recrean— modelizaciones específicas de su cultura.

Tras la labor de la Comisión Permanente que formuló sus bases, se cursaron invitaciones a instituciones nacionales y extranjeras para que propusieran candidatos, y un jurado de especialistas estudió los antecedentes y resolvió por unanimidad proponer a don Rafael Lapesa Melgar para el premio "Amado Alonso".

Todos conocen su notable labor científica y docente, el número creciente de discípulos directos y de otros que lo han seguido a través de su obra publicada. También conocen las generaciones posteriores que podríamos llamar discípulos de discípulos, dedicadas a la investigación y a la enseñanza. Su repercusión en la península, en hispanoamérica y en centros hispanísticos de países de otras lenguas, atestiguan su fama internacional.

Intentaré delinear brevemente su perfil científico y abrirlo a otras perspectivas de su perfil humano, sin llegar a agotarlo.

Tres rasgos de su personalidad desearía destacar. Uno es la riqueza de su labor que elijo llamar "filológica" revalorando el significado de esta palabra, hoy desgastada.

La producción de Rafael Lapesa dibuja el perfil de los grandes científicos europeos, a diferencia del de los norteamericanos, sólo ocupados de las manifestaciones específicas de lo lingüístico aun en sus últimas versiones socio y psicolingüísticas. Basta recordar un Jakobson que abarcó desde la fonología hasta el comentario de un poeta contemporáneo Pasternak; y en el área hispánica la obra de Menéndez Pidal y la del mismo Amado Alonso que da nombre al premio que hoy se otorga.

En sus obras, que luego comentaré, se mueve con igual maestría en el eje diacrónico que va siguiendo procesos de evolución lingüística o literaria, y en el eje sincrónico, con estudios reveladores de estados de habla, o de obras y autores vistos siempre con una perspectiva original.

Sus trabajos iniciales lo incluían más en el campo de los estudios etimológicos (por ejemplo en 1931, "Sus notas para el léxico del siglo XII") o su intervención en la publicación del *Fuero de Madrid*, en el que el "glosario" y el estudio del lenguaje están a su cargo.

En 1942 se publicó su magistral *Historia de la lengua española*, de la que han ido apareciendo sucesivas ediciones siempre retocadas y ampliadas hasta la octava, de 1980.

Permítaseme un recuerdo personal. En Buenos Aires hice mis estudios en el Instituto Superior del Profesorado donde tuve el privilegio de seguir dos cursos dictados por Amado Alonso de gramática histórica, y otro de sintaxis y estilística. Al concluir la carrera nos invitó a algunos de sus discípulos a trabajar en el Instituto de Filología. En él realizábamos nuestras investigaciones, pero teníamos la costumbre, como la misma María Rosa Lida, graduada en la Universidad, de seguir cada año el curso que desarrollaba allí Amado Alonso porque siempre aprendíamos algo nuevo.

Las bases de él las constituían el *Manual de gramática histórica* y los *Orígenes del español* de Menéndez Pidal. Tengo muy vivo el día que irrumpió en la sala en la que trabajábamos con el rostro radiante por el entusiasmo y el libro de la *Historia de la lengua española* de Rafael Lapesa que esgrimía en la ma-

no. Nos anunciaba que en su próximo curso planeaba cambiar totalmente el acercamiento al estudio del español siguiendo los lineamientos y el modelo de esa *Historia*, de la que ponderaba la visión de la evolución del idioma que ofrecía.

Dámaso Alonso, en el discurso de recepción de Rafael Lapesa en la Real Academia Española el 21 de marzo de 1954, llamó la atención también sobre esta obra, destacando razones especiales para valorarla: la falta de estudios monográficos del español en trechos temporales importantes, o en problemas discutibles de su evolución, o en descripciones de las variedades regionales peninsulares actuales, para no nombrar el vasto campo hispanoamericano poco explorado. Buscar las fuentes, decidir en los temas controvertidos o tratar de iluminar de algún modo, con la información a su alcance, los no estudiados suficientemente, dio por resultado esta *Historia de la lengua española* en la que siempre continuó trabajando.

En ella está representada la lengua hablada en la reconstrucción de su desarrollo temporal, y de su variación regional, y además el desenvolvimiento de la lengua literaria. Esta comprende los canales abiertos por los estilos y las tradiciones genéricas —clerecía, juglaría—, el impulso de los creadores de la Edad Media o del siglo XV (según Dámaso Alonso "sacados por Lapesa de la nada"). Sus "páginas encierran en sí una historia del estilo literario, primero y central quehacer de una verdadera historia de la literatura" (*Del siglo de oro a este siglo de siglas*, 1962, p. 210).

Su trabajo posterior llamado *Asturiano y provenzal en el Fuero de Avilés*, 1948, constituyó un novedoso enfoque de bilingüismo, con explicación de la base histórica, la fuerte corriente de franceses radicados en la zona desde los comienzos del siglo XII, y además demostró cómo los documentos lingüísticos ofrecían evidencias para el estudio de la cultura. Heteroglosia, disglosia, polifonía, lenguas en contacto, son términos comunes hoy en nuestros especialistas. Este trabajo de Lapesa, como el de *La apócope de la vocal en castellano antiguo* daba explicaciones convincentes a los fenómenos fónicos e iluminaba procesos culturales. El de la apócope ofrecía un ejemplo nuevo de lo que ya Menéndez Pidal y Vossler —entre otros— habían observado en diferentes fenómenos: que la evolución de una lengua no es lineal ni unidireccional, que la variación en el

prestigio de los modelos puede detener procesos y hasta revertir tendencias cambiando la historia.

Por otra parte Rafael Lapesa venía siguiendo paralelamente el camino de los estudios literarios íntimamente ligados a los lingüísticos hasta que culminó en su libro *La trayectoria poética de Garcilaso* de 1948, reeditado luego y hoy conocido en versión ampliada y puesta al día en *Garcilaso: estudios completos*. Años antes, desde 1934 se había ocupado de crítica literaria en la "*Vida de San Ignacio*" del P. Rivadeneyra, en un trabajo comparatista de la Jerusalén de Tasso y la de Lope, en otro comentario de Gutierre de Cetina, en la trayectoria de Cervantes desde *La española inglesa* al *Persiles*. Su texto sobre Garcilaso llegó en un momento en que se habían publicado algunos libros y artículos de interés sobre el gran poeta. Falta sin embargo situar esta obra central del renacimiento español en su contexto en la línea de la tradición peninsular y los cancioneros castellanos, calibrar el peso de la influencia de Ausias March y el de los modelos italianizantes, desde la lírica de Petrarca a la literatura pastoril. Todo eso lo realizó en un proceso de comprensión de la trayectoria del poeta, del progresivo afinamiento de su sensibilidad y su técnica poética, con una asimilación de los paradigmas clásicos e italianizantes desde la línea melódica a la imaginación pictórica. Así muestra a Garcilaso dentro de un concepto de la *imitatio* vigente en Europa que incorpora temas, sintagmas, ritmos y produce una obra poética de resonancia única y original, cuyo eco se prolonga en toda la lírica en lengua castellana hasta la quiebra disonante de las vanguardias.

Otro libro magistral lo constituyó su estudio sobre el Marqués de Santillana, de 1957. Lo había precedido un artículo aparecido en *Romance Philology*, VII (1953), 51-59: "La lengua de la poesía lírica desde Macías hasta Villasandino", imprescindible para entender los códigos precedentes del género, que subyacen en este nuevo texto.

La obra literaria del Marqués de Santillana es al mismo tiempo la historia de un noble excepcionalmente dotado para el arte (música, poesía) y también para desempeñar un papel protagónico en la vida militar y política de su tiempo. Su posición en el centro de la vida de su época le hace dialogar con don Enrique de Villena, en su juventud, hasta reconocer al

final de su carrera literaria el ascenso del joven Juan de Meina. De importancia capital en este período de transición hacia el Renacimiento, hambriento de conocimientos que abarcan desde poéticas de las preceptivas occitanicas y catalanas, a los primeros contactos con un Virgilio traducido y con un Dante que empezaba a entrever, para no hablar de la borrosa imagen de un Homero que lo llevó a pedir a su hijo su traducción del latín. Despliega así una visión rica y compleja de un hombre rico y complejo, desde las serranillas, villancicos, canciones y decires, o la poesía sabia, la que encierra el pensamiento moral, político y religioso, hasta la prosa de tema también moral y político, junto a su interés por meditar sobre la historia literaria —tan amplia que abarca todo el occidente románico—, esbozos de una teoría poética que busca dilucidar el "zelo insaciable", la anhelosa busca que encierra la poesía (p. 248).

En tres libros ha reunido muchos de sus artículos: *De la Edad Media a nuestros días. Estudios de historia literaria*, Madrid, Gredos, 1967, colección que incluye trabajos suyos de 1933 a 1965; *Poetas y prosistas de ayer y de hoy, Veinte estudios de historia y crítica literaria*, Madrid, Gredos, 1977, donde recoge textos producidos después de la anterior, y otros tres más antiguos que antes había dejado aparte; y el último que acaba de aparecer este año. *De Ayala a Ayala*, 1988.

En la "Advertencia preliminar" del primero, definía así el hilo conductor de su experiencia escrita: "buscar significación a lo particular intentando que noticias, análisis y contrastes, queden encuadrados en la visión total de una obra, de un escritor, de una corriente literaria o de una época, y ayuden a comprenderlos", p. 7.

Al presentar la segunda colección, decía "todos han nacido de un mismo fervor por la creación literaria" y eso se transparenta sin duda en su discurso crítico. Los tres volúmenes tienen una base común que los une, la atención a la lengua literaria: ese código de modelización secundaria, que es al mismo tiempo una modelización del mundo en el que está insito el autor, tal como lo organiza una comunidad socio-cultural e histórica, pero también una modelización del propio escritor que así se revela. A la atención a la lengua del autor se une siempre la atención a la tradición histórico-cultural y al contexto que nos permite comprender mejor el hecho literario.

Todos estos libros abren un abanico de perspectivas a épocas, géneros, autores que abarcan desde los cantares de gesta hasta los poetas y prosistas con los que ha convivido.

Quedan por recordar otros trabajos sobre temas lingüísticos que no cité antes y figuran en *Estudios de historia lingüística española*, Madrid. Paraninfo, 1985. Pero además un artículo que quiero destacar, el publicado en las *Actas del XI Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románicas*, tomo I, Madrid, 1968, que tuve el honor de oírle y me fascinó por su claridad expositiva, la profundidad teórica y el apoyo del dato concreto. Me refiero a "Evolución sintáctica y forma lingüística interior en español", pp. 131-151, donde examina —para decirlo con sus palabras— "el eje de la construcción filosófica de Guillermo de Humboldt", los antecedentes de sus ideas centrales, su historia posterior y los rasgos que rescata para una teorización actual de los procesos lingüísticos.

Para apoyo de su propuesta va citando algunos ejemplos críticamente elegidos en la evolución sintáctica del español, los que ha investigado personalmente y que comenta con rigor. Quiero unir esto a las memorias personales de una discípula que está aquí presente. Ella no sólo recordaba con fascinación su cátedra de Historia de la lengua, sino también su seminario de Morfosintaxis histórica del verbo español, al que había asistido. Todos esperamos la obra que recogerá su ingente saber sobre la sintaxis del español, zona que tanto necesita de su labor ejemplar.

Al iniciar mis palabras anuncié que pensaba detenerme en tres rasgos esenciales del perfil biográfico de don Rafael Lapesa. Ya he hablado de la obra escrita, en las dos vertientes de lo lingüístico y lo literario, que corren paralelas y se entrelazan. El número de alumnos y discípulos que lo oyeron en España, Europa y las Américas del Norte y del Sur, y que continuaron su línea de investigador ha dejado testimonios de lo que ha sido como maestro ejemplar. Pero quiero ahora destacar otro rasgo que me parece definitorio de su personalidad intelectual y humana. Me refiero a la generosidad que lo llevó a la infinita donación de su tiempo para completar la obra de sus amigos.

Los argentinos, que dimos el nombre de "Amado Alonso" a este premio internacional, no hemos olvidado las horas que dedicó a la publicación del libro que Amado Alonso dejó incompleto al morir: parte en artículos ya conocidos, parte redactado en borradores, pero muy importante parte en notas dispersas o apenas esbozadas.

Los dos primeros tomos *De la pronunciación medieval a la moderna en español* fueron organizados por su amigo Rafael Lapesa y dados a la imprenta, el segundo —especialmente— con gran trabajo de interpretación de sus notas; y ahora prepara la parte más difícil correspondiente al tercer tomo.

Los que más o menos modestamente nos dedicamos a las investigaciones y a comunicar estas por escrito sabemos las angustias del tiempo que nos falta para dar término a lo que planeamos. Esta dedicación de horas de su vida para completar la obra del amigo es uno de los ejemplos más admirables que tenemos que reconocer y agradecer los que ahora celebramos que tan merecidamente se le haya otorgado este premio a don Rafal Lapesa por sus altos méritos.

ANA MARIA BARRENECHEA
Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas
"Dr. Amado Alonso" (F.F. y L. - U.B.A.)

DR. LAPESA MELGAR. PALABRAS DE RESPUESTA
Y AGRADECIMIENTO POR EL PREMIO RECIBIDO

Excelentísimo Sr. Rector del Colegio Nacional de Buenos Aires, Excelentísimos Señores Secretarios de Cultura y de Derechos Humanos; Sr. Agregado Cultural de la Embajada Española; Ilustres Colegas, Señoritas y Señores:

No tengo palabras para expresar mi gratitud a cuantos han intervenido en la concesión de este Premio y en la organización del presente acto. Ni tampoco para manifestar a mi admirada colega, la Dra. Ana María Barrenechea, mi reconocimiento por la generosa simpatía que de mí ha trazado. Ninguna distinción de cuantos he recibido a lo largo de mi vida ha tenido para mí valor semejante a la que ahora se me otorga. Sé muy bien que ni mis libros ni mi labor docente son superiores a los de otros candidatos; reconozco la mayor valía de casi todos. Y en consecuencia debo atribuir mi elección a que se ha querido premiar al "albacea lingüístico" de Amado Alonso, a quien él confió el encargo de disponer para la imprenta y completar su magna obra póstuma, *De la pronunciación medieval a la moderna en español*. Creo que en este momento solemne es ineludible deber mío dar testimonio de las circunstancias en que recibí tan honrosa encomienda, las instrucciones que me dio Amado, el estado en que se hallaban los textos y materiales de que me hice cargo; la preparación y publicación de los dos primeros volúmenes; y los obstáculos que han retrasado la elaboración del tercero y último, para el que Amado apenas dejó otra cosa que los textos de los gramáticos y muy sucintas explicaciones orales sobre cómo entendía el proceso de los fenómenos que habían de estudiarse. Debo hacer pública confesión de las dudas, vacilaciones y errores míos que han retrasado la aparición de ese tercer volumen; y también dar cuenta de cómo, superadas las principales dificultades teóricas, la elaboración está en marcha y el libro podrá publicarse, conforme espero, en 1989.

Mi relación con Amado Alonso arranca del Centro de Estudios Históricos de Madrid, donde los dos recibimos nuestra formación filológica, aunque no coincidiéramos cronológicamente. Yo entré como becario en septiembre de 1927, meses después que Amado viniera a dirigir en Buenos Aires el Instituto de Filología. Entonces, Américo Castro, Navarro Tomás, Onís y Solalinde, los primeros discípulos de Menéndez Pidal, eran ya maestros consagrados; pertenecían a la generación de 1914, la de Ortega y Gasset, Marañón, Pérez de Ayala y Juan Ramón Jiménez. Amado Alonso, José Fernández Montesinos y Dámaso Alonso eran los filólogos más destacados de la generación del 27; maestros también, pero sin magisterio patriarcal, sino de hermanos mayores cuyos logros iban abriendo camino a los novatos como yo. Amado y Dámaso traían dos grandes novedades: la estilística y la teoría del lenguaje. Yo, nacido casi doce años que Amado y casi diez después que Dámaso, recibí de los dos ejemplo y enseñanza decisivos. Conocí personalmente a Amado cuando se doctoró en Madrid con una tesis que ampliaba en penetración y alcance su brillante artículo sobre las *Sonatas* de Valle-Inclán, aparecido en "Verbum", la revista porteña, en 1928. No volvimos a vernos hasta 1947. Mientras tanto habían ido llegando a Madrid, antes de nuestra guerra civil y, después de ella, a pesar de la segunda mundial, la espléndida producción personal de Amado y la asombrosa *Revista de Filología Hispánica*, fe de vida de la escuela que había creado aquí. Pero cuando fue a Madrid en 1947 ya no profesaba en Buenos Aires, sino en Harvard; y al saber que yo iba a enseñar en Princeton durante la primavera y el otoño del 48, me invitó a hacerlo también en el curso de verano de Harvard alojándonos en su casa de Arlington a mi esposa, Pilar, y a mí. Fue un verano inolvidable: conocimos la extraordinaria, generosa y entusiasta humanidad de Amado en su vida hogareña, con Joan y los cuatro hijos; en la conversación distendida, en la lectura comentada de *Residencia en la tierra* o escuchando discos de Schumann... No dejó de sorprendernos que aquella vitalidad exultante se abandonara con frecuencia a misteriosos silencios ensimismados. ¿Añoraba sus veinte años de Buenos Aires? ¿Pensaba en sus discípulos dispersos? ¿O sentía algún oscuro presentimiento, que no quería exteriorizar, de fin no lejano?

Convivíamos en el trabajo. Todas las mañanas íbamos temprano Amado y yo a la Widener Library de Harvard, donde él tenía un despacho que me invitó a compartir. Estaba ya entregado por completo al estudio de los cambios que transformaron el sistema consonántico español en los siglos XV al XVII. Ultimaba entonces su "Examen de las noticias de Nebrija sobre antigua pronunciación española" y tenía en el telar los artículos que sobre las sibilantes dentales habían de aparecer en los años inmediatos. Yo corregía pruebas de dos libros que me estaban imprimiendo en Madrid y empezaba a preparar la segunda edición de mi *Historia de la Lengua Española*. Teníamos continuo cambio de impresiones: huelga decir hasta qué punto era provechoso para mí aquel cambio. Contaré una anécdota ilustrativa de la entrega de Amado a los temas que estudiaba: ilustrativa y pintoresca. Los gramáticos renacentistas solían equiparar el sonido de cada consonante al emitido por determinado animal: la *b* era "sonus ovinus", la *rr* "sonus caninus", la *s* "sonus serpentinus"; el de la aspirada dental griega *θ*, *th* latina, recibía la designación de "sonus anserinus", y algún sesudo autor puntualizaba que los ánsares lo emitían cuando estaban irritados. Para la investigación de Amado sobre la pronunciación de las dentales españolas la identificación del "sonus anserinus" no era cuestión baladí. ¿Se asemejaría a una *ts*, a una *t* con explosión sorda, a una *c* interdental como la moderna española? No teníamos ornitólogos a quienes consultar, y decidimos aventurarnos a una exploración en el Zoo de Boston, único lugar donde era posible hacerlo aquel día, sábado por la tarde. Llegamos cuando se acercaba la hora de cerrar; preguntamos a los guardas dónde estaban los "geese"; les extrañó que quisiéramos ver animales tan domésticos a tales horas; y cuando expusimos el interés científico que nos movía, pensaron que los gansos éramos nosotros y nos echaron con cajas destempladas. Días después, en una excursión, encontramos unos granjeros amabilísimos que nos acercaron un par de ánsares y hasta se esforzaron por irritarlos; pero la explosiva linguorrostral que aquellas aves profirieron fue interpretada de manera distinta por cada uno de quienes la escuchamos. La experiencia había fracasado.

Tras el verano de Harvard y el otoño de Princeton enseñé en Yale el cuatrimestre de primavera de 1949. Pilar y yo segui-

mos viéndonos con Amado y Joan en vacaciones y fines de semana, unas veces yendo nosotros a su casa de Arlington, otras viniendo ellos a la que habíamos alquilado en New Haven. En una de nuestras visitas llamé la atención de Amado sobre unos documentos mexicanos que había visto en su casa: en ellos, a muy pocos años de la conquista, se registraban casos indudables de seseo o ceceo, lo que obligaba a replantear el problema del andalucismo en el español americano. Los puntos de vista de Amado no coincidían con los míos y la controversia prosiguió en nuestra correspondencia después de volver yo a España. Terminó con una carta cordial en que Amado proponía que nos tuteáramos. Fue su manera de darme la alternativa. Entonces escribió su "Historia del 'ceceo' y del 'seseo' españoles", último artículo suyo que llegó a ser impreso. J

A lo largo de 1951 fueron llegando a Madrid inquietantes noticias respecto a la salud de Amado. Había tenido que someterse a una intervención quirúrgica sospechosamente rápida y sin satisfactoria recuperación. Por Navidades, Joan, sabedora de que yo había sido invitado a enseñar nuevamente en Yale durante la primavera del 52 y en Pennsylvania durante el verano, nos escribió que Amado había recaído y estaba impaciente por hablar conmigo. Llegamos a New Haven en febrero y aprovechamos el primer fin de semana para ir a Arlington. Amado estaba en cama, el mal había invadido sus órganos respiratorios; pero me recibió inmediatamente y durante más de dos horas me expuso el plan de su libro y el estado en que se hallaba su elaboración. Haciéndose el fuerte me vino a decir: "Ya sé que esto es pasajero y me repondré; pero quedaré más tranquilo enterándote de todo, para que, si yo no puedo, te encargues tú de revisarlo, completarlo y darlo a la imprenta". Puntualizó que dos capítulos, uno de ellos muy extenso, estaban redactados definitivamente; cuatro más y varios apéndices, redactados también, necesitaban retocarse y ponerse al día; en cuanto a los restantes, sólo estaban reunidos los testimonios de gramáticos correspondientes a uno; pero Amado me hizo saber cómo entendía el proceso general de cada fenómeno. Yo acepté, claro está, el compromiso, y entonces me habló de otros proyectos a los que tendría que renunciar: un libro sobre Fray Luis de León y otro sobre Federico García Lorca. Al despedirnos para que descansara, me dijo: "No sabés

qué tranquilo me dejas"; y al salir de la habitación recordé obsesivamente el soneto de Keats: "When I have fears that I may cease to be...". Lo traduje así, pensando en Amado:

"Cuando me asalta el miedo de que mi vida acabe
Sin que mi pluma espigue mi cerebro repleto.
Sin que en letras impresas altas pilas de libros
Guarden, ricos graneros, las mieses ya maduras:

Cuando bajo el semblante de la noche estrellada
Vastos y nebulosos símbolos imagino
De una suprema fábula, y auguro que mi vida
No durará bastante para trazar sus sombras

Con maga y feliz mano; cuando presiento, hermosa
Criatura de una hora! que no volveré a verte
Ni seguiré gozando la atracción y el hechizo
Del ímpetu amoroso, entonces, en la playa
Del mundo inmenso, erguido, solitario medito
Hasta que amor y gloria se abisman en la nada".

Dos meses más tarde, en abril, hospitalizado en Boston y sabedor ya de su cercano fin, me dio nuevas instrucciones para la Introducción, no redactada y para el capítulo de la velarización de las antes prepalatales *g*, *j* y *x*. Creía que la velarización se había iniciado en Andalucía donde llegó a un grado de evolución —la aspiración faríngea— no alcanzado en otras regiones. Era —decía— el primer fenómeno revelador de la iniciativa meridional que después se manifestaría con la irradiación del yeísmo, la aspiración de la -s final de sílaba o palabra, la neutralización de *r* y *l* implosivas, etc., cambios todos que creía modernos.

En mayo, en cuanto terminaron mis clases en Yale, fuimos a Arlington. En aquellos sus últimos días tuvo Amado la satisfacción de ver impreso su artículo sobre el ceceo y el seseo; al vérmelo leer, sonrió y dijo: "Es lo mejor que he hecho en mi vida". A pocos días de su muerte, el jefe del Departamento de Harvard me pidió que enseñara allí durante el curso siguiente; yo acepté sólo para el otoño, pues no podía retrasar más mi reincorporación a la Universidad madrileña. Ese cuatrimestre me sirvió para reunir y examinar todos los originales y material del libro de Amado, mientras Edward Glaser ampliaba la bibliografía que había de incluirse como apéndice de

él. Un estudiante graduado, que iba a hacer en barco la travesía del Atlántico, se ofreció a llevar la pesada maleta a Madrid; y estuvo a punto de perderla, pues se la extraviaron en un hotel de París; pero tras prolongada búsqueda la recobró maltrucha, aunque sin daño de su precioso contenido.

En Madrid hube de incorporarme a las tareas de la Universidad y del Seminario de Lexicografía de la Academia; tuve que volver a Harvard para enseñar durante el otoño de 1953; y sólo al regreso pude entregarme a disponer para la imprenta la parte redactada del libro de Amado. Me esforcé por acomodarme a sus hábitos expositivos y conformar mi criterio con el suyo en todas las adiciones y enmiendas, que señalé con jalones especiales para que no se atribuyesen a Amado mis posibles yerros. Entregué a la editorial Gredos el original del primer tomo, que salió a la luz en 1955. El segundo se retrasó por nuevos desplazamientos míos a los Estados Unidos, Puerto Rico, Argentina y Méjico; pero gracias a la sabia y eficaz colaboración de María Josefa Canellada de Zamora, excelente fonetista y dialectóloga, se publicó en 1969. Con él se había dado a conocer casi todo lo que Amado redactó, ya de manera definitiva, ya puesto al día por María Josefa o por mí.

La preparación del tercer volumen presentaba dificultades mucho mayores por no disponer de textos redactados y autorizados por Amado. Encontré, sí, dos borradores primerizos e incompletos sobre el problema más arduo, la evolución de las antiguas palatales /z/y/s/ (escritas *g*, *j* y *x* respectivamente) hasta convertirse en la *j* moderna, fricativa velar (x) o aspirada faríngea (h) según las regiones. Esos borradores intentaban explicar el mecanismo fonético del cambio, pero no sus causas estructurales. En un artículo posterior a ellos, "Trueques de sibilantes en antiguo español" (1947) Amado había puesto de relieve la frecuencia con que se producían confusiones entre fonemas cuyos puntos de articulación, situados todos en la parte delantera de la boca, no distaban suficientemente unos de otros. En particular nos interesaban casos como *tisera/tijera*, *quise/quije*, *cogecha/cosecha*, *religión/relisión*, *sastre/xastre*, *simio/ximio*, etc. La fonología diacrónica vio pronto en la transformación consonántica del siglo XVI un reajuste estructural. Ahora bien, la retracción de las sibilantes palatales hacia el fondo de la boca, distanciándose de las alveolares, no

tenía riesgos de confusión con otros fonemas en Castilla la Vieja y demás regiones norteñas donde la aspiración faríngea de la *h* en *hermoso*, *hazer*, *humo* se había perdido ya: las antiguas palatales, al velarizarse allí, iban a ocupar una casilla vacía. Por el contrario, en Extremadura y mayor parte de Andalucía, que han conservado hasta hoy la *h* aspirada, no había conveniencia estructural para la velarización de las palatales. Cuando ésta se produjo allí, fue inmediata confusión de ellas con la *h* aspirada, que fue la triunfadora. Todo favorecía la hipótesis de que la velarización hubiera tenido su origen en el Norte y se hubiera propagado más tarde al Sur, en contra de lo sostenido por Amado. Por otra parte, cuando María Josefa Canellada abordó el estudio de los testimonios sobre pronunciación de las antiguas palatales en los siglos XV al XVII, descubrió, en algunos, posibles referencias a la velarización en fecha más antigua que la señalada por Amado: uno de esos testimonios era nada menos que Nebrija. Pero el incontrovertible más antiguo era de un astorgano afincado en Benavente, Antonio de Torquemada, y databa de 1552. Yo vacilaba en tantas contradicciones. En 1975 un importante estudio de Kiddle, también basado en noticias de gramáticos, venía a apoyar la tesis tradicional; poco después otros testimonios menos doctos, pero indiscutibles, dieron fe de la mayor antigüedad del cambio: María Josefa encontró la exclamación *hao* escrita *jau* en la *Propalladia* del extremeño Torres Naharro (1517); yo topé con *amoxinar* por *amohinar* en una carta del zamorano Villalobos (1512) y *hentil* por *gentil* en el *Cancionero de Obras de Burlas* (1519); Juan A. Fragodio también noticia de este ejemplo, así como de un juego de palabras de *La lozana andaluza* (1518) entre el topónimo *Xódar* (hoy Jódar, en la provincia de Jaén) y un verbo obscuro. Ultimamente ha publicado otros ejemplos igualmente andaluces, pero más antiguos, de 1479 y 1492: "la *joya* del Salobrar" por "la *hoya*", "la *jordenança*" (que interpreto "las ordenanzas"), *Gandasala* por *Handasala* (del árabe *handak*), etc. No cabe duda: Amado tenía razón: la velarización tuvo en el Sur mayor pujanza inicial que en el Norte; no es óbice que también cuenta con tempranas muestras zamoranas y extremeñas. Pero asimismo estaba en lo cierto María Josefa: la velarización existía en el habla, al menos regional, setenta años o un siglo antes de lo que generalmente creíamos. Lo que se ha venido abajo son mis razona-

mientos doctrinarios: las explicaciones estructurales y la atribución de los cambios lingüísticos a la economía del sistema sólo son valederas cuando no están contradichas por el comportamiento de la comunidad hablante. Los andaluces dejaron que las antiguas palatales se velarizaran y aspirasen sin dar importancia a homfonas como las de *joya* y *hoya*; no procedieron de otro modo al pronunciar igual *ciervo* y *siervo*, *cir'o* y *sirio*, *cazar* y *casar*. Aquellos sevillanos que decidieron construir una nueva catedral "tan grande, que los que vengan después digan que estábamos locos", no reprimían sus espontáneas tendencias fonéticas para evitar homfonías. Junto a la tipología sincrónica de estructuras, el estudio del lenguaje debería atender también a la caracterización diacrónica de comportamientos. Modelo nos dio en sus *Orígenes del español* don Ramón Menéndez Pidal.

Resuelto el problema teórico que me ha tenido vacilante largos años, estoy ahora entregado a la tarea de elaborar el tercer tomo del gran libro de Amado Alonso. Quisiera hacerlo con dignidad científica y alcance teórico que desmerezcan lo menos posible de los dos volúmenes que él redactó. Cuento con la muy valiosa labor previa llevada a cabo por María Josefa Canellada. Si Dios me da vida y facultades, espero verlo impreso antes de terminar el año próximo. El honor que acabáis de confefirme me servirá de acicate. De nuevo, muchas gracias.

CICLO DE CONFERENCIAS

Leídas por sus autores, en la Sala "D" del Centro Cultural Gral. José de San Martín, durante los días 22 y 23 de setiembre de 1988.

HISTORIOGRAFIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA ¿UN ROMANCE HISPANO-GERMANO?

El honor que supone participar en este homenaje a don Rafael Lapesa me hace sentir, al mismo tiempo, doblemente extranjero. No pertenezco a la Nación cuyo Ministerio de Educación y Justicia brinda el Premio "Amado Alonso" al maestro de los filólogos españoles, ni tampoco soy parte de la tradición intelectual y académica que representa tan dignamente don Rafael. Pero creo y espero, sin embargo, que, por razones históricas, mi rol sea aquel de un *extranjero extrañamente familiar*.

Esta auto-identificación requiere una explicación biográfica —para entender una actitud quizá "típicamente alemana"—. En el año 1968, como becario del Estado de Baviera, tuve la posibilidad de elegir entre cuatro ciudades universitarias —París, Oxford, Pavia y Salamanca— para continuar mis estudios fuera de la República Federal de Alemania. Confieso —y no sin cierta vergüenza— que en aquel momento pensaba que Salamanca era el nombre del barrio universitario de Madrid y que, ya habiéndome convencido en Madrid de la necesidad de continuar el viaje hacia Salamanca, el paisaje desértico de la provincia de Avila me sugirió la duda de haberme equivocado de camino. Pero a pesar de tan vergonzosa ignorancia geográfica y cultural, un no-sé-qué me había hecho decidirme por España —y esta motivación borrosa (mejor dicho: esta fascinación sin motivo)— me parece ser típica de la relación que, desde hace casi dos siglos, une a muchos intelectuales —y no solamente intelectuales— alemanes a España. Ella va a ser el tema de mi conferencia.

Con esta entrada biográfica, ustedes ya se harán una idea de cómo se puede entender mi título intencionalmente enigmático. Quiero hablar de la *historiografía de la literatura española* porque creo (y espero creerlo sin arrogancia alemana) que ella, desde sus comienzos alrededor de 1800, fue una

empresa común hispano-germana. Preguntándome si fue también un *romance*, empleo la palabra 'romance' en dos sentidos. El primer significado que le doy es el concepto con el que los románticos tematizaron aquel género de historiografía rimada y "popular"- y con esto quiero recordar que fue más que nada el interés de los románticos alemanes por los *Romanzen* el que inició su activa participación en la historiografía de la literatura española. El segundo empleo que hago de la palabra "romance" es mucho más trivial y corresponde al significado que ella tiene hoy día normalmente en las llamadas "revistas de corazón". Quiero narrar pues la historia de esa empresa hispano-germana como una *historia amorosa de sabor trágico-cómico* (o, para los porteños, de sabor melancólico). En esta extraña *love story* los *Wissenschaftler* alemanes tendrán el papel de los enamorados profundamente emocionados, pero también algo serios, poco elegantes —y a veces ridículos. España será (como en los dramas alegóricos de comienzos del siglo XIX) la bella, altiva y arrogante que, por jugar excesivamente con su atractivo, corre el riesgo de quedarse sola al final de la narración. Para ser sincero, no creo que tal interpretación sea únicamente una asimilación estilística —ya un poco rancia— a la solemnidad de este acto académico. Más bien estoy convencido de que, a pesar de la seriedad ostentosa de nuestros discursos académicos, siempre hablamos y escribimos con una base afectiva de este tipo —mejor o peor escondida¹—. Y si lo que les voy a presentar durante la próxima hora tiene alguna pretensión de "originalidad", esta originalidad radicará en la decisión de evitar o negar las emociones subyacentes *lo menos posible*.

Mi romance trágico-cómico tendrá, pues, cuatro capítulos, y en cada capítulo empezaré esbozando la escena (histórica) en la que el amante (alemán) brinda su declaración de amor a la adorada (España). Continuaré con una descripción del discurso portador de su enamoramiento, para acabar analizando las distintas reacciones con las que la amada tiene a distancia al amante. Bajo una perspectiva más académica (o más *cool*), podemos identificar como *leitmotiv* de nuestro ro-

1) Cf. Hayden White: *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth Century*, Baltimore/London, 1973.

mance un desfase infeliz entre el amante y su adorada. Pero aunque "desfase" es un concepto innegablemente temporal, no quisiera por nada volver a la perspectiva —inmerecidamente "clásica" —del "retraso histórico en la cultura española". No es por cortesía que quiero evitar este esquema historiográfico, sino más bien porque la noción de la historia única y totalizadora implícita en cualquier constatación de un "retraso nacional", está hoy día totalmente disuelta y decaída.

Sentimentalismo romántico vs. sentimiento de inferioridad

Alrededor de 1800, en su famosa clase sobre *Historia de la Literatura antigua y moderna*, Friedrich Schlegel formuló un juicio cuya nitidez no dejaba nada que desear: "Bajo el aspecto del mérito de la nacionalidad alcanza la literatura española el primer puesto"². El significado de esta frase —muy citada hasta en España y hasta hoy día— es más complicado de lo que pueda parecer a primera vista porque el breve sintagma "*bajo el aspecto del mérito de la nacionalidad*" implica todo lo que contemporáneamente llamamos la "mentalidad" de los románticos alemanes. Es lícito considerar como punto de partida de esta mentalidad el sentimiento —a veces muy borroso— de que las ideas del Iluminismo europeo no tenían la posibilidad de una realización política en el futuro alemán. Así se explica el interés de los románticos por las culturas extra-europeas, luego por el pasado cultural europeo y finalmente por el pasado nacional alemán (que nunca había existido con la homogeneidad soñada por ellos). Muy pronto la Edad Media adquirió el estatus de la época nacional normativa, del modelo indiscutible para el presente —cuyo reflejo y articulación se

2) Citado según la traducción de José Amador de los Ríos: Introducción, en *Historia crítica de la Literatura española*, Tomo I, Madrid, 1861, p. 2.

3) Cf. la versión más amplia de esta perspectiva sobre la historia de las disciplinas filológicas en Hans Ulrich Gumbrecht: "Rekurs Distanznahme/Revision. Klio bei den Philologen", en Bernard Cerquiglini/id. (eds.): *Der Diskurs der Literatur-und Sprachhistorie. Wissenschaftsgeschichte als Innovationsvorgabe*, Frankfurt, 1983, pp. 582-622.

buscaba en la historia de la literatura nacional³—. Lo que Friedrich Schiller llamó la relación "sentimental" (*'sentimentalisch'*) del presente con esa historia fue la convicción de que ella era, al mismo tiempo, normativa e inalcanzable para los contemporáneos. El lugar privilegiado atribuido a España en este contexto fue el resultado de la impresión —o mejor dicho: proyección— de que la Edad Media, en España, había sobrevivido, haciendo de ella aquella nación que no tendría necesidad de sufrir una relación "sentimental" con su pasado.

Johan Nikolas Böhl, que había nacido en Hamburg y que, después de haber sido alumno del eminente *Aufklärer* Campe, había llegado a Cádiz como representante de la casa comercial de su padre, fue uno de los primeros alemanes en cuya biografía la admiración por la cultura española dejó una huella profunda. Johann Nikolas se convirtió al catolicismo e invirtió tanto tiempo en múltiples actividades intelectuales para contribuir a un re-descubrimiento de Calderón que finalmente corrió el riesgo de un olvido total de sus obligaciones profesionales. A tales extremos llegó su apostolado romántico que se presentaba, una y otra vez, como enemigo irreconciliable del Iluminismo: "Los españoles debían aprender a admirar por convencimiento lo que han amado hasta aquí por inclinación; y sin hacer caso de la crítica bastarda del siglo filosófico, poner todo su conato en componer en el mismo sentido que sus grandes modelos"⁴. El discurso de Johann Nikolas Böhl marca la cumbre de una fascinación de parte de los alemanes que ya se había empezado a articular a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, —con la traducción de los *Orígenes de la poesía castellana* de José Luis Velázquez al alemán en 1769— quince años después de la primera publicación de este libro en español. Ese fue también el mismo momento en que Gotthold Ephraim Lessing, en su *Hamburgische Dramaturgie*, empezó a presentar las obras de Lope y de Calderón como modelos eternos de la producción dramática. En lugar de establecer con estos nombres un largo repertorio de alemanes (más o menos) románticos y

4) Citado según Guillermo Carnero: *Los orígenes del Romanticismo reaccionario español. El matrimonio Böhl de Faber*, Valencia, 1978, p. 167. En este caso, como en los restantes, se moderniza la ortografía española.

aficionados por la cultura española, citamos un párrafo de la introducción al primer tomo de la *Historia crítica de la literatura española* que José Amador de los Ríos publicó en 1861:

A tal punto crecía esta singular afición, durante la segunda mitad del siglo XVIII, que ya al comenzar el presente, sentíase con fuerzas bastantes para acometer la empresa de historiar la literatura española, al trazar el gran cuadro de la moderna, el ilustre Bouterwek, respetado profesor de la Universidad de Gotinga (1804), mientras el docto Buchholtz daba a la estampa en Berlin (1804) no menos aplaudido ensayo crítico-histórico sobre el mismo asunto... Mostrándose docto en la historia de la poesía popular, sacaba al público el renombrado Grimm la *Silva de Romances viejos*, en que restituía a su primitiva forma aquellos tesoros de la poesía castellana, mostrando nuevamente la senda ya señalada por Nebrija, al terminar el siglo XV (1815): estudiando los fundamentos y desarrollo del teatro moderno, ponía Schlegel a muy brillante luz las glorias del español, ganando duradera celebridad, al explanar su doctrina, respecto de don Pedro Calderón de la Barca (1818): Diez escribía, segundando a Grimm, importante y muy erudito discurso sobre la poesía popular en España (1821), y más adelante ensayaba sus fuerzas en útiles y sazonadas investigaciones relativas a la formación de la lengua castellana (1836): Arend daba a la estampa curioso *Manual de la literatura española* (1839): Hüber ilustraba la *Crónica del Cid* con muy docta *Introducción, apéndices y anotaciones* (1844): Clarus trazaba el cuadro de nuestras letras en la edad media, no sin desplegar a menudo verdadera perspicuidad y excelentes miras filosóficas (1845); y finalmente, ya realizándose estudios especiales, ya escribiéndose muy apreciables monografías, ya formándose selectas colecciones de nuestros monumentos literarios, se ha propagado hasta los instantes en que trazamos estas líneas aquella singular predilección que inicia, al mediar el último siglo, el traductor de Velázquez, figurando en todos estos trabajos los aplaudidos nombres de Brinkmeier, Tick (sic), Holland, Keller, Lemcke, Hofman, Lessing, Kayserling, y otros, apareciendo a la cabeza de todos los de un Adolfo Federico de Schack y un Fernando José de Wolf, profundo conocedor el primero de la historia de nuestra poesía dramática, e

infatigable investigador el segundo de la literatura española, muy principalmente en cuanto se refiere a la edad media ⁵.

Es emocionante ver la abundancia de nombres y títulos que cita con tanta generosidad Amador de los Ríos; pero la retórica exuberante y monótona de los epítetos con los que intenta honrar a los "doctos alemanes" nos deja también con la impresión de que había leído muy pocos de aquellos libros. Más bien debemos leer el párrafo citado como síntoma de la "furia bibliográfica" ⁶ que dominaba entre los catedráticos españoles especializados en materias de la historia cultural hasta el fin del siglo XIX. Si miramos desde más cerca la historiografía que los románticos alemanes dedicaron a la literatura española (lo cual, por cierto, *no merece la pena* como contribución a una historia literaria tal como la podemos concebir hoy día), observamos matices interesantes dentro de una fascinación constante. Para Friedrich Bouterwek, cuya *Historia de la Literatura española* había aparecido como parte de una *Historia general de la Literatura moderna*, la épica y los romances de la edad media castellana tenían escasa importancia poética o poetológica: "si se la considera como producción poética, se hallará que las vislumbres de poesía que se descubren en ella, dependen solamente del carácter nacional y del interés que inspira su mismo asunto; pues los sucesos se hallan referidos cronológicamente sin ninguna invención ni adorno, y lo único que da a ciertos pasajes... un colorido algo poético, es la sencillez caballeresca de su estilo, realizada por algunas situaciones bien descritas" ⁷. El primer autor (en orden cronológico) al que Bouterwek concede "ingenio" es el Arcipreste de

5) Op. cit., pp. LXXXIII-LXXXV.

6) Cf. Hans Ulrich Gumbrecht/Juan José Sánchez "Menéndez Pelayo - ¿per omnia saecula saeculorum?", *Arbor*, 467/468 (1984), pp. 215-231.

7) F. Bouterwek: *Historia de la Literatura española. Traducida al castellano y adicionada por José Gómez de la Cortina y Nicolás Hugalde y Mollinedo*, Madrid, 1829 (reedición Hildesheim, 1971), p. 2.

Hita ⁸, pero hay que llegar hasta las novelas de caballería para encontrar huellas de entusiasmo en las reacciones de Bouterwek:

El Amadis presenta en todas sus partes una mezcla singular de moralidad, y de cierta especie de libertinaje oculto bajo el velo de decencia, aunque muy propio sin duda del espíritu caballeresco de los españoles. Los honrados héroes de esta historia hacen alarde de una inviolable fidelidad a la palabra que daban, tanto a sus damas como a los hombres; pero no son tan delicados en su trato amoroso, por figurarse que una palabra de casamiento equivalía a haberlo verificado. Esta pintura sublime y verdadera del heroísmo y de la buena fe, de un amor libre de toda sujeción legal, y que sin embargo nunca ofende a la moral ni al pudor; estas sensaciones exaltadas que traspasan los límites de lo natural, pero que en fuerza de la sencillez de la narración, agradan aun al lector más delicado; finalmente, todo este conjunto merecía sin duda alguna el grande aprecio que obtuvo en su tiempo" ⁹.

En cambio, cuando Joseph von Görres, alemán prohombre del catolicismo en su fase de formación como movimiento político y cultural, escribió el prólogo a la *Darstellung der spanischen Literatur im Mittelalter* de Ludwig Clarus, publicada en 1846 (y no en 1845, como dice Amador de los Ríos), el juicio agresivamente negativo sobre los libros de caballería que encontramos en el famoso escrutinio de la biblioteca del *Quijote* ya estaba plenamente asimilado por los amantes y los especialistas de la literatura española. Von Görres habló de la "ganze Folge der Ritterromane... , unter denen als Chorführer der Amadis des portugiesischen Vasco da Lobenga erscheint; der nach und nach zu einem Walde ausgewachsen, in dem die Ritter unter Abenteuern, Liebesschwärmereien, Zauberwerken, spukenden Geistern, Fentänzen, Flügelrossen und ungeschlachten Riesen umgehen; so lange, bis Cervantes den Wald

8) *Ib.*, p. 9.

9) *Ib.*, p. 12.

abgetrieben, und die Irrenden verjagte" ¹⁰. En el mismo texto de von Görres descubrimos una filosofía de la historia literaria cuya importancia radica en la función de ser una especie de camino real hacia el *Geist* de cada nación. Consecuentemente, von Görres llega a reflexionar sobre el fondo de la participación de tantos alemanes en la investigación sobre el pasado cultural de la nación española y hasta formula una especie de excusa: "Das also wäre das Beste und das Angemessene, wollten die Völker selber ihres Geschichtlichen, insbesondere ihrer Kunstgeschichte, wahrnehmen. Das Beste aber schließt nicht das Gute, noch weniger das Bessere aus. Die Völker sind aufeinander angewiesen, und so mag auch der Angehörige eines fremden Volkes, im Gerichte über die Leistungen des Anderen, beisitzen" ¹¹. No es sorprendente, pues, que von Görres, en vez de prolongar el elogio del espíritu poético de la edad media española, insista en el valor documental de sus textos y ensalces "die geschichtliche klare Gediegenheit... in der sie sich frei von jedem Nimbus des Mythischen gehalten; sie ist... ein objectiver Reflex derjenigen Außenwelt, welche die dichterische Vorstellung umgeben" ¹². Estas palabras sirvieron de legitimación "teórica" para la preferencia tan evidente con que Ludwig Clarus en la *Darstellung der Spanischen Literatur* trató a los romances. Para él este género no era solamente un "reflejo" de la historia española sino, al mismo tiempo, aquella forma poética con cuyo autor se podía identificar al pueblo español:

So ist die Romanze in der That die Nationalpoesie des Spaniers. Gegenstand, Gedanken, Bilder, Versbau, Alles ist original, Alles eigenthümlich nichts entlehnt weder von Alten noch von Neueren. Darum ist der Vorrath auch so unerschöpflich, daß alle bisher veranstalteten Sammlungen doch weit entfernt sind, uns den Schatz in seiner Vollständigkeit sehen

10) Joseph von Goerres: "Vorwort", en Ludwig Clarus: *Darstellung der Spanischen Literatur im Mittelalter*, Tomo 1, Mainz, 1846 (reedición Hildesheim, 1970), p. XXV.

11) *Ib.*, p. IV.

12) *Ib.*, p. XXII.

zu lassen. Die auf die Nachwelt gekommenen Romanzen müssen natürlich von denen, welche ursprünglich gesungen waren, sehr abweichend seyn. Denn ein so lebendiges und treues Archiv, das poetische Gedächtniß eines Volkes und seiner Sängers auch für die Nationalpoesieen ist, so wenig kann es defur einstehen, daß die von Geschlecht auf Geschlecht übergangenen Gesänge, welche erst spät aufgeschrieben wurden, noch in ihrer anfänglichen Trachtsich zeigen ¹³.

Si Joseph von Görres y Ludwig Clarus nos demuestran cómo la mentalidad romántica daba un fundamento a la historiografía literaria y cómo esta base llevaba casi necesariamente a un interés especialmente intenso por la cultura del pasado español, un documento aún más convincente en la historia de aquel entusiasmo alemán es la *Geschichte der poetischen Literatur Deutschlands*, publicada por Joseph Freiherr von Eichendorff en 1857. Católico politizado como von Görres, el Freiherr von Eichendorff, aplicando el registro de los criterios estéticos del romanticismo, reservó a la literatura alemana un nivel de superioridad y soberanía que marcaba la diferencia entre el sentimentalismo nacional de la primera y el nacionalismo arrogante de la segunda mitad del siglo XIX. Tanto más importante es el hecho de que von Eichendorff concedió un lugar parecido —si no paralelo— a la nación española: "Nirgends hat daher, etwa Spanien ausgenommen, das volksthümliche Element so dauernd und tapfer mit der Kunstdichtung der Gelehrten, die Gelehrtenpoesie dann ihrerseits wieder mit der Kirche, die Romantik mit dem unpoetischen Verstande gerungen, wie in Deutschland, wo der ganze Boden mit den Trümmern der wechselnden Niederlagen bedeckt ist, und die Geister der Erschlagenen und die versprengten Troßbuben noch beständig mitten unter den Siegern umherirren, die bald selbst wieder die Besiegten sein werden" ¹⁴. Y aunque von Eichendorff se vio por cierto obligado a añadir argumentos en pro de una "ligera" superioridad de la literatura alemana frente a la española, no dejó de construir la posibilidad de una identificación

13) *Darstellung der spanischen Literatur im Mittelalter*, pp. 141 ss.

14) Joseph Freiherr von Eichendorff: *Geschichte der poetischen Literatur Deutschlands*, Paderborn, 1857 (reedición Paderborn, 1987), p. 4.

mutua: "Unter allen ist ohne Zweifel die spanische Poesie die nationalste; aber sie ist es auf eine ganz andere Weise als die unsere. In Spanien ist es die Freude und begeisterte Verherrlichung einer durch Jahrhunderte erkämpften Errungenschaft von Religion, Ehre und Ritterlichkeit, welche ihr kräftiges, aber durchaus einförmiges Zauberlicht über alle Dichtungen und Dichter wirft, die sich daher nur durch die größere oder geringere Kunstvollendung voneinander unterscheiden. In Deutsch'and dagegen ist eben das Ringen selbst, der sich beständig erneuernde Kampf und jenes Eldorado, und, da jeder einsam für sich kämpft, die totale Verschiedenheit das Charakteristische und Nationale" 15.

Ya hemos podido ver por la larga cita tomada de la *Introducción* de José Amador de los Ríos a su *Historia crítica de la literatura española* que la hispanofilia de los alemanes no pasó inadvertida en España. Pero sí existió una nítida diferencia entre las motivaciones que llevaron a los intelectuales al estudio de la cultura medieval española en España y en Alemania. Mientras que para los alemanes el lugar preeminente de la cultura española se deducía casi necesariamente de los conceptos básicos de la estética romántica, en los españoles actuaban otros supuestos quizás interpretables como complejo de inferioridad. Para reanudar nuestra metáfora trágico-cómica, la belleza de la adorada estaba fuera de cualquier duda. Se sabe que desde el famoso desafío de Masson en la *Encyclopédie méthodique* hacia finales del siglo XVIII, la mayor ambición de los historiadores españoles fue meramente apologética y se redujo a citar invariable e incansablemente títulos y obras de "la ciencia española" como si se tratara de la necesidad de llenar un espacio vacío. Este afán apologético explica una actitud escéptica —y muchas veces de puro rechazo— de los españoles hacia sus admiradores alemanes.

Cuando, por ejemplo, Bouterwek había llamado a don Alfonso el Sabio un "hombre extraordinario para el siglo en que vivía" 16, parece que José Gómez de la Cortina y Nicolás Hugalde y Mollinedo, que habían traducido su *Historia de la*

15) Ib., p. 18.

16) Bouterwek, op. cit., p. 4.

Literatura Española al castellano en 1829, vieron en esta descripción un menosprecio del Rey sabio. Añadieron, pues, a aquel elogio que encontraron insuficiente la siguiente nota: "En cualquier siglo hubiera sido Alfonso X un hombre extraordinario, pues su ingenio elevado y trascendental hubiera sabido apoderarse de todos los recursos de la ilustración y de la cultura, familiarizarse con las más grandes ideas de su tiempo, y merecer el renombre con que le distingue la posteridad. Entonces fue un *Sabio* del siglo XIII, hoy sería tal vez la honra del XIX" 17. Si volvemos al ya citado prólogo de José Amador de los Ríos, observamos una ambición —a veces algo pueril— de presentarse a sí mismo como un especialista cuya competencia en la materia de la cultura y literatura españolas en nada era inferior a aquella de los "colegas" hispanófilos en Alemania. Y para asegurar parecida igualdad, Amador de los Ríos hasta arriesgaba un gesto —sin duda compensador— de superioridad:

Para dar los lectores la más clara idea del juicio que hemos formado respecto de estos *Estudios* (sc.: de Ferdinand Joseph von Wolf), parécenos lícito repetir aquí lo que decíamos al mismo Wolf, cuando los recibimos: "Quisiera yo (le escribíamos) y quisieran sin duda conmigo cuantos estiman su crítica perspicaz, sana y profunda, que, en lugar de contentarse con tocar algunos puntos, por cierto muy principales e interesantes por extremo, hubiese Usted abarcado al menos toda la historia del arte en la edad media; con lo cual, sin hacer ofensa a Clarus ni a otro alguno de los que han tratado tan vital parecido, tendríamos grande ocasión de estudio y de alabanza los que a este linaje de tareas nos consagramos" 18.

Disciplina académica vs. Renovación nacional

Los alemanes historiadores de la literatura española que hemos citado hasta aquí habían sido "aficionados", sobre todo si les comparamos con los representantes de la disciplina aca-

17) Ib., p. 122.

18) Amador de los Ríos, op. cit., p. LXXXVI.

démica llamada "*Romanistik*" que —entre otras disciplinas académicas más o menos paralelas— surgió en Alemania de la mentalidad romántica¹⁹. El primer "*Romanisches Seminar*" se fundó en la Universidad de Halle en el año 1843 y la función oficialmente atribuida a este instituto y a aquellos que le siguieron en las próximas décadas) fue la de ofrecer la posibilidad de un aprendizaje práctico de las lenguas "románicas" a los estudiantes de carreras mucho más "pragmáticas", sobre todo a los estudiantes de jurisprudencia y (las disciplinas precursoras) de las ciencias económicas. La mayoría de los catedráticos y profesores nuevamente nombrados, sin embargo, nunca —o solamente de muy mala gana— quisieron cumplir con esta tarea. El caso ya clásico para comprender esta renuncia es la biografía de Friedrich Diez que ocupa el lugar del "fundador de la *Romanistik*" en la historiografía respectiva. Diez, como muchos jóvenes de su generación, había intentado participar en la guerra de liberación nacional contra Napoleón y había sido miembro de una de las *Burschenschaften* nacional-revolucionarias. Por consiguiente, en la época restaurativa después del Congreso de Viena, habría sido una persona políticamente sospechosa, si hubiera buscado su realización intelectual y profesional como germanista. Con el apoyo decisivo de August-Wilhelm Schlegel, Diez consiguió un puesto de *Lektor* para la enseñanza "práctica" de las lenguas románicas en la Universidad de Bonn donde, años más tarde, ascendió al rango de *Außerordentlicher Professor*. Buscó reducir el trabajo invertido para su función oficial al mínimo posible, pero empezó la investigación de la historia de las literaturas y —sobre todo— de las lenguas románicas a un nivel de *alto rigor científico*. Esta historia político-intelectual tan particular y sinuosa produjo una serie de tensiones que, a lo largo de la historia de la *Romanistik*, no resultaron un obstáculo sino la garantía de una asombrosa productividad académica: la tensión entre el espíritu nacionalista-alemán de la gran mayoría entre los *Romanisten* y su dedicación obligada a la investigación del "ser nacional" ("*nationales Wesen*") de

19) Sobre el origen de la *Romanistik* cf. Hans Ulrich Gumbrecht: "Un soufflé d'Allemagne ayant passé". Friedrich Diez, Gaston Paris and the Origins of National Philology", *Romance Philology*. 40 (1986), pp. 1-37.

otros pueblos; entre la función oficial en el campo de la enseñanza práctica de las lenguas románicas y su ambición "científica" de investigación; finalmente la tensión entre la coherencia históricamente fundada de las lenguas románicas y la heterogeneidad de las culturas y literaturas también llamadas "románicas". Pero la generación de intelectuales que siguió a Menéndez y Pelayo (y cuyo máximo representante universitario fue probablemente Ramón Menéndez Pidal), muy al contrario de una cierta variante casi canonizada en la historiografía de la filología nacional en España²⁰, empezó a mirar el pasado de la cultura nacional bajo una perspectiva radicalmente cambiada que podríamos caracterizar tipológicamente como "romántica". Su concepto clave fue el de la "*intrahistoria*", creado por Miguel de Unamuno, el cual constituye en él un horizonte del espíritu nacional que debe descubrir bajo las visiones "erróneas" de la historiografía nacional hasta entonces dominante. El lugar preferido en el que se esperaba descubrir la intrahistoria fue la cultura "del pueblo" y este hecho —entre muchas otras cosas— explica por qué los romances ocuparon un lugar parecido en las investigaciones de Menéndez Pidal al que habían tenido para los admiradores alemanes románticos de la edad media española. Podemos constatar, pues, que aquella mentalidad romántica —que, por cierto, fue la de la llamada "Generación del 98"— sobrevino demasiado "tarde" para empalmar con el entusiasmo hispanófilo del primer romanticismo alemán. Al mismo tiempo, la motivación de renovación nacional que caracterizó a los intelectuales españoles alrededor de 1900 fue demasiado política para poder encontrar un atractivo en el rigor "científico" que en aquel momento —quizá más que nunca antes y después— fue el orgullo de los *Romanisten* alemanes.

En el mismo momento histórico podemos observar otro "desfase" entre españoles y alemanes —menos dramático pero

20) Cf. La argumentación para la separación tipológica e histórica entre Menéndez y Pelayo y Menéndez Pidal en: Sánchez/Gumbrecht: "Menéndez Pelayo - ¿per omnia saecula saeculorum?". Sobre los orígenes de la obra de Menéndez Pidal cf. Hans Ulrich Gumbrecht: "Lebende Vergangenheit. Zur Typologie der Arbeit am Text" in der spanischen Kultur", en Ilse Nolting-Hauff/Joachim Schulze (eds.): *Das fremde Wort. Studien zur Interdependenz von Texten. Festschrift für Karl Maurer*, Amsterdam, 1988, pp. 148-176.

de la misma importancia dentro de nuestra historia trágico-cómica. A pesar de su gran admiración por muchos entre sus precursores y colegas alemanes. Ramón Menéndez Pidal había aprendido el "oficio filológico" con Morel Fatio, en Francia. Es lícito decir que a Menéndez Pidal "ya no le había hecho falta estudiar en Alemania". Los métodos "científicos" desarrollados en Alemania durante la primera mitad del siglo XIX habían sido importados por Gastón París a quien se considera con razón como el padre de la historiografía literaria nacional —y no únicamente nacional— en las universidades francesas. Gastón París, a su vez, se había doctorado como alumno de Friedrich Diez en la Universidad de Bonn.

Geistesgeschichte vs. Modernización política

Para un gran número de intelectuales europeos, también en Alemania, la Primera Guerra Mundial se vivió como la desaparición de aquel horizonte nacional que, entre otras cosas, había servido como base y como orientación a la historiografía literaria. Esta extinción fomentó la toma de conciencia del estilo intelectual que llamamos "*Geistesgeschichte*"²¹. A nivel discursivo, podemos describir el paso hacia la *Geistesgeschichte* como la sustitución de una dimensión diacrónica de totalización historiográfica por una dimensión sincrónica²². En vez de continuar escribiendo historias de las culturas y de las literaturas nacionales, los investigadores más innovadores intentaron identificar estilos *européos* para las distintas épocas —lo esencial de nuestra noción de "barroco", por ejemplo, es un resultado de aquel movimiento intelectual. Si los *Epochen-Stil-Begriffe* se referían a un nivel morfológico (en el sentido

amplio de la palabra) en la producción cultural, se buscaron también —y a un nivel más "profundo"— ciertas fórmulas, ciertas problemáticas epocales que, en la articulación por los discursos historiográficos, servían de "denominadores comunes" para cada momento histórico. Bajo esta perspectiva podemos describir la *Geistesgeschichte* como precursora de *l'histoire des mentalités*.

La obra del eminente romanista Karl Vossler²³ es probablemente la concretización más impresionante de lo que la Alemania amante brindó a la adorada España en las décadas de la *Geistesgeschichte*. La única circunstancia atípica en el caso de Vossler es la decisión muy consciente y política en la que se originó, en un momento bastante tardío de su biografía una hispanofilia más intensa que el interés obligado de cualquier romanista por la cultura española. La reputación nacional e internacional que Vossler se había creado durante las dos primeras décadas del siglo XX fue la del italo-filo distinguido (una amistad íntima le unía a Benedetto Croce y había estado casado, en su primer matrimonio, con una condesa italiana) y de un especialista sobresaliente de la literatura francesa medieval y clásica. En 1922, con ocasión de un congreso de profesores de enseñanza media —es sintomática (por "poco alemana") esta preocupación de Vossler de no perder el contacto con aquel sector de la educación nacional— declaró su decisión de abandonar, por lo menos temporalmente, la investigación sobre la cultura francesa²⁴. Como participante en la guerra mundial, ya no quería contribuir a la propagación de la lengua y de la literatura del "país enemigo". A partir de 1925, paralelamente, se observan los primeros pasos de una

21) Cf. sobre esta etapa en la historia intelectual alemana los excelentes capítulos de Rainer Rosenberg: *zehn Kapitel zur Geschichte der Germanistik. Literaturgeschichtsschreibung*, Berlin (RDA). 1981, pp. 182-225.

22) Cf. Hans Ulrich Gumbrecht: "Schwindende Stabilität der Wirklichkeit. Eine Geschichte des Stilbegriffs", en id. / K. Ludwig Pfeiffer (eds.): *Stil - Geschichten und Funktionen eines kulturhistorischen Diskurselements*, Frankfurt, 1986, pp. 726-788.

23) Cf. Hans Ulrich Gumbrecht: "Karl Vosslers noble Einsamkeit. Über die Ambivalenzen der "inneren Emigration", en Rainer Geißler / Wolfgang Popp (eds.): *Wissenschaft und Nationalsozialismus. Eine Ringvorlesung an der Universität Gesamthochschule Siegen*, Essen, 1988, pp. 275-298.

24) Karl Vossler: "Vom Bildungswert des romanischen Sprachen", *Zeitschrift für den Unterricht im Englischen, Französischen, Italienischen und Spanischen*, 30 (1922), pp. 226-234.

toma de distancia con Italia, causada por el triunfo del fascismo²⁵.

La carrera del romanista alemán Karl Vossler como hispanista empezó, pues, por razones de exclusión, pero enseguida se esforzó en desarrollar argumentos positivos para su hispanofilia²⁶. Conforme con el estilo intelectual de la *Geisteswissenschaft* identificó un problema central —aquel que entonces se llamaba “la cuestión social”— como denominador común de su época: “So könnte vielleicht der Weltkrieg von 1914 den Sinn gehabt haben, den Gedanken der sozialen Pflichtin die Gemüter der Menschheit zu hämmern und ihn hoch über nationalistiche Egoismen, Ehrgeize und Rivalitäten hinauf zu heben”²⁷. Dentro de este contexto, le preocupaba el problema de cómo se podrían reconciliar ciertos “valores positivos” de la jerarquía social —por ejemplo el sentimiento de la honra o de la dignidad del poder— con una mayor justicia social. La respuesta que Vossler creyó encontrar fue una visión histórica de la sociedad española en la que, como en una familia, el reconocimiento de las diferencias entre individuos y grupos no estaría en tensión con un fuerte sentimiento común de unidad:

Das ererbte und erkämpfte Einverständnis aller Spanier untereinander, diese süße Gewohnheit des seelischen Zusammenlebens ließ sich nun freilich an das übrige Europa so wenig mitteilen wie sich Familiensinn und Zutrauen verpflanzen lassen. Und eben weil es etwas so Eigenes ist um die Eintracht der Gesinnung, so wird jenes Spanien, das eine in allen Fugen Xrachende Welt zusammenhielt und beherrschte mit seiner inneren Eintracht, uns auch unter veränderten Bedingungen und bei anderen Überzeugungen vorbildlich bleiben, heute, da

25) Karl Vossler: *Die romanischen Kulturen und der deutsche Geist*, Stuttgart, 1948, p. 51 (se trata de una serie de conferencias pronunciadas en 1925).

26) Cf. *Die romanischen Kulturen und der deutsche Geist*, op. cit., y id.: “Die Bedeutung der spanischen Kultur für Europa”, *Deutsche Vierteljahresschrift für Literaturwissenschaft und Geistesgeschichte* 8 (1930), pp. 33-60, 402-417.

27) *Die romanischen Kulturen und der deutsche Geist*, p. 61.

die Eigensucht der Personen, der Völker, den Gipfel erklommen hat und am Abgrund steht, mehr als je²⁸.

Esta visión de la tradición cultural y social de España con la que Vossler se acercó de las posiciones básicas presentadas por Ortega y Gasset en el libro *La rebelión de las masas* de 1929, le pareció la concretización histórica más impresionante de lo que su amigo poeta (y también romanista hispanófilo) Hugo von Hofmannsthal había postulado como “revolución conservadora”²⁹. Hasta soñaba con la posibilidad de que las naciones latinoamericanas superasen, en una contienda futura, al espíritu pragmático aborrecido que representaban, también para Vossler, los Estados Unidos: “Französischer Rationalismus, niederdeutscher Freiheitsmut und englischer Geschäftssinn haben ihm (sc. ‘dem kriegerischen Herrenvolk’ aus der Epoche Philipps II, von Spagnien) den Garaus gemacht. Vermischt und gesteigert zu nordamerikanischer Kolossalität stehen auch heute diese drei Mächte dem Aufstieg des hispanischen Wesens in Mittel- und Südamerika im Weg. Drüben wird unter neuen Bedingungen die Auseinandersetzung fortgeführt, die in Europa mit dem Niedergang und mit der Erschöpfung Spaniens und dem Hochkommen eines aufgeklärten Bürgertums endet”³⁰. Así se explica, por lo menos en parte, el entusiasmo con el que Vossler volvió de un viaje a Latinoamérica que había emprendido en los años treinta y que tendría reflejos sorprendentes en la serie de sus publicaciones.

No cabe duda de que sus colegas españoles supieron apreciar los libros de Karls Vossler sobre Lope de Vega, Fray Luis de León y *Poesie der Einsamkeit*. Es cierto también que dejaron más impresionados a los miembros de aquella generación “romántica” de alrededor de 1900 que a los representantes más jóvenes en aquel momento histórico de 1930³¹. La notoriedad

28) “Die Bedeutung der spanischen Kultur für Europa”, p. 43.

29) Cf. Vossler: “Die Bedeutung der spanischen Kultur für Europa”, p. 407.

30) *Ib.*, p. 58.

31) Recuerdo histórico de Don César Real de la Riva (Salamanca).

de Vossler en España coincidió —de cierta forma: desafortunadamente— con aquel ambiente de frenética modernización política que caracterizó los primeros años de la Segunda República española. El interés que despertaron los autores clásicos después de 1930 tenía que ver con el afán de redescubrirlos como precursores de una España democrática. Leyendo los comentarios de Federico García Lorca sobre las reacciones populares que obtuvieron las representaciones de obras clásicas en el teatro *La Barraca*, nos damos cuenta de que el lema de la “revolución conservadora” fue la oferta intelectual menos propicia para el ambiente intelectual dominante en la España anterior a la guerra civil. Vossler parece haber intuido —sin poder evitarlo— el peligro implícito de este nuevo “desfase”. Al acabar su reflexión sobre *Die Bedeutung der spanischen Kultur für Europa* en 1930 con el elogio de Benavente, Ganivet, Unamuno y Ortega, intentó subrayar la distancia que separaba aquellos pensadores de la dictadura de Miguel Primo de Rivera y del naciente fascismo europeo:

Dabei sind diese geistigen Führer, diese hocharistokratischen Despertadores keine Freunde der gegenwärtigen Diktatur, keine Schrittmacher der Reaktion, weder offen, noch versteckt. Sie sind deren erklärte Gegner. Ich muß dies besonders hervorheben, denn anderswo, in Frankreich, bei uns und in Italien besonders findet man ähnliche aristokratische, mystische, vitalistische, antirationistische Lehren und schwungvolle Prediger der auserwählten Minderheiten im Dienste der politischen und kulturellen Reaktion. Was jenseits der Pyrenäen erzieherisch gemeint ist und aufbauend wirkt, ist diesseits schon leider vielfach entwertet und dient dem Volksbetrug und jener bochfahrenden Demagogie, die wir als Faschismus (sic) nicht nur in Italien kennen. Es wäre nicht das erste Mal, daß eine und dieselbe Lehre dem Einen zum Aufstieg gedeiht, dem anderen Niedergang bedeutet, je nach dem Sinn, mit dem dieser und jener sie meint und anwendet³².

Este capítulo de nuestro romance hispano-alemán tiene varios epílogos —mucho más tristes que cómicos—. El prota-

32) Vossler: “Die Bedeutung der spanischen Kultur”, p. 415.

gonista del primero es Ludwig Pfandl³³, alumno de Vossler y autor de una serie de libros impresionantes sobre el Siglo de oro, al que el claustro de la Universidad de Munich, a pesar de su protector tan influyente, no había concedido el grado académico de la *Habilitation* porque consideró la especialización de Pfandl en los estudios hispánicos como incompatible con la amplitud de materias y culturas comprendidas en el concepto de “Romanistik”. Esta decisión condenó a Pfandl a llevar una vida materialmente miserable como traductor y profesor particular mal pagado y alejado del mundo académico. Para colmo entró en una zona de peligro vital establecida por los nazis cuando, en plenos años treinta, empezó a utilizar las ideas de Freud como base de sus investigaciones históricas. Cuando, en los últimos años de su vida, se le invitó a Ludwig Pfandl a hacer un viaje de conferencias en España, él renunció diciendo que ya era —biográficamente— demasiado tarde para que quisiese dejar intervenir la realidad en una imagen ilusionaria de España cuyo sueño había sido el contenido y el eje de su vida.

En 1940, Karl Vossler publicó su famoso libro sobre *Poesie der Einsamkeit in Spanien* el que, juzgado bajo una perspectiva intra-alemana, se puede identificar sin ambigüedades como una muestra de aquella actitud intelectual de algunos —¡demasiado pocos!— intelectuales que se llamaba “emigración interna”. En sus páginas centrales, Vossler presentó citas y traducciones tomadas de la *Guía espiritual* de Miguel de Molinos, que forman una apología moral de la introversión y del silencio. La reseña que presentó este libro de Vossler en el año 1942 de la prestigiosa *Zeitschrift für romanische Philologie* fue extrañamente —¿intencionalmente?— corta de vista. Alabó la belleza de las traducciones y los avances en la “comprensión poética de la antigua España” sin siquiera aludir a las implicaciones político-morales tan evidentes. En 1944 —con permiso especial y bajo control personal del gobierno nazi— Vossler había vuelto a España para recibir un Doctorado honoris causa y una alta condecoración cultural del llamado “Nuevo Estado”.

33) Cf. La correspondencia (inédita) entre Vossler y Pfandl durante los años treinta (conservada en la *Staatsbibliothek* de Munich).

Este viaje, probablemente motivado por una mezcla típica entre ingenuidad política y un aprecio merecido que Vossler brindaba a algunos de los jóvenes representantes de Falange, le costó la amistad de muchos entre sus antiguos alumnos y colegas judíos que habían sobrevivido al nazismo en la emigración. Leyendo las castas de su viuda, se percibe hasta qué punto durante los últimos años de su vida, Vossler estaba desesperado frente a esta reacción: "... ich möchte gern, daß der Weg nach Spanien, den Carlo (sc.: Karl Vossler) so geliebt und gepflegt hat, nicht gleich wieder zugeschüttet wird. Freilich, das *neue* Spanien hat er nicht gekannt und sich um seine Politik gekümmert, hat Freunde auf beiden Seiten gehabt. Spitzer hat ihm vorgeworfen, daß er im Jahr 44 einen spanischen Orden und einen Ehrendoktor bekommen hätte. Finden Sie das auch? Ich kann es Spitzer nicht erklären, wie anders das war..."³⁴.

El destinatario de esta carta fue Werner Krauss, sin duda el gran continuador de la obra hispanística de Vossler. Como miembro del grupo de resistencia comunista al nazismo "*Rote Kapelle*", Krauss había sido condenado a muerte —pero sobrevivió hasta el fin de la segunda guerra mundial en un campo de concentración por una serie de confusiones burocráticas. Aunque algunos de los libros de Werner Krauss —sobre todo su espléndida biografía de Miguel de Cervantes— pertenecen al repertorio de citas obligatorias entre los historiadores de la literatura española en España, su obra —como las obras de tantos entre sus precursores alemanes— nunca alcanzó una verdadera influencia intelectual y académica. Los años cincuenta y cuarenta no eran el buen momento para la recepción intensa de una visión marxista de la historia cultural en España. En 1971, Krauss renunció a participar en el congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, celebrado aquel año en Salamanca. Si hubiera participado, habría presidido la asamblea plena bajo un busto de mármol representando al Generalísimo Franco en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca.

34) Carta a Werner Krauss del 2 de mayo 1949 (conservada en el Archivo "Werner Krauss" de la *Akademie der Wissenschaften der RDA*).

Entusiasmo ingenuo vs. nuevo cosmopolitismo

Los últimos cincuenta años, sin duda alguna, han sido la época *menos brillante* en la gran tradición del hispanismo alemán. Viendo la cantidad de traducciones con las que las editoriales y los colegas españoles han honrado nuestra disciplina durante este periodo —para decirlo así— contra viento y marea, se llega a la conclusión de que los méritos acumulados de tiempos anteriores, trágico-cómicamente, empezaron a impresionar cuando ya era tarde. Pero hay que subrayar también que esta pérdida de calidad intelectual fue acompañada, durante los años cincuenta y sesenta, de una disolución de aquel entusiasmo que los estudiantes alemanes habían brindado tradicionalmente a la cultura española. Se llegaba a un momento en el que el venerable nombre de la "*Romanistik*" fue prácticamente sinónimo de "estudios de lengua y literatura francesas".

Lo que sí resulta hoy día un mérito adquirido por el hispanismo alemán durante el último medio siglo, fue la reflexión cada vez más intensa sobre las bases históricas y sociales de esa extraña fascinación mutua entre españoles y alemanes³⁵. Lo que parece haber unido las dos historias nacionales desde, por lo menos, el siglo XVII fue, de ambos lados, un desequilibrio continuo entre situaciones intelectuales y posibilidades de realización política. La divergencia constante entre intelectuales españoles y alemanes que da el toque "cómico" a nuestra historia se puede describir con la siguiente fórmula: siempre que los alemanes querían ver la cultura española y España como cultura y país 'hermanos' (como, por ejemplo, en el Romanticismo alemán) ésta estaba obsesionada con el afán de verse como "diferente", aunque fuese por un complejo de inferioridad. Cuando, en cambio, Alemania quiere ver a España como "diferente", ésta invierte toda su ambición en ser vista como parecida (esto es el caso de nuestro presente).

Lo que Alemania ofrece a España hoy día no es mucho más —;ni menos!— que el entusiasmo nuevamente creciente de la generación actual de sus estudiantes. Para no permanecer con

35) Cf. Werner Krauss: "Der Idealismus sucht sich sein Reich. Spanien als pädagogische Provinz", en id.: *Spanien 1900-1965. Beitrag zu einer modernen Ideologieggeschichte*, München, 1972, pp. 7-39.

esta perspectiva demasiado general, hay que diferenciar: existe una nueva fascinación por España, pero existe también una fascinación por Latinoamérica que no es idéntica a ella. Mientras que en Alemania Federal la cultura española sigue ocupando el puesto central en el interés de la disciplina, la orientación de la investigación en la Alemania Democrática se dirige más bien hacia las naciones centro y sudamericanas. En todo caso, esta nueva fascinación cuya intensidad ya empieza a preocupar a algunos francófilos alemanes y, según rumores recientes, a los políticos culturales en Francia, tiene una base *ingenuamente romántica* (por mucho que puedan influir las nuevas relaciones comerciales y políticas). Es un deseo —a veces pueril— de “autenticidad”, de “alteridad” histórica y cultural (como se podría decir en el lenguaje de la hermenéutica alemana).

Si estos estudiantes románticos (si se prefiere: neo-románticos) se deciden hoy día a pasar un año de estudios en España, encuentran un país cuyas grandes ciudades ya se distinguen bien poco de las metrópolis norteamericanas y europeas. Hay *McDonald's* y *Dallas*, *Volkswagen* y discos de *flamenco* en todas partes. Encuentran estos estudiantes a profesores españoles —de mi generación— que ponen toda su ambición —con mayor o menor éxito— en el “estar al día” respecto a las discusiones teóricas internacionales. Esos profesores prefieren, quizá por primera vez, un *cosmopolitismo* intelectual al cultivo y a la continuación de ciertas tradiciones nacionales.

En todo caso, los más jóvenes entre los hispanistas alemanes llegan, de nuevo, tarde (¿o demasiado pronto?), por lo cual he soñado que una solución sería que pudieran tener de profesor a don Rafael Lapesa.

UNIVERSIDAD DE SIEGEN

REPUBLICA FEDERAL ALEMANA

Hans Ulrich Gumbrecht es una figura reconocida mundialmente, especializada en problemas de teoría literaria, historia de la literatura, pragmática del discurso y crítica en el ámbito de la romanística.

Actualmente se interesa en estudios interdisciplinarios y plantea problemas conectados con los conceptos de modernidad y posmodernidad con enfoques que unen la historia de las mentalidades, nuevos planteos de los actos de habla y pragmática textual abierta a las materialidades corporales y la tecnología.

Entre sus últimas publicaciones citamos:

- (Con Bernard Cerquiglini): *Der Diskurs der Literatur - und Sprachgeschichte. Wissenschaftsgeschichte als Innovationsvorgabe*, suhrkamp taschenbuch wissenschaft 411. Frankfurt 1983.
- *Eine Geschichte der Spanischen Literatur*, Kap. IV (1556-1700), Ed. suhrkamp, traducido simultáneamente al inglés *Essays on the History of Spanish Literature*, Chap. IV, Harvard University Press, 1985.
- (Con U. Link-Heer): *Epochenschwellen und Epochenstrukturen im Diskurs der Literatur und Sprachgeschichte*, suhrkamp taschenbuch wissenschaft 486. Frankfurt, 1985.
- (Con K. Ludwig Pfeiffer): *Stil. Geschichten und Funktionen eines kulturwissenschaftlichen Diskurselements*, suhrkamp taschenbuch wissenschaft 633 (erscheint Frankfurt, 1987).

Nacido en Würzburg (Alemania Federal) en 1948. Doctor por la Universidad de Konstanza, 1971 y Habilitation en la misma Universidad, 1974. Ha sido catedrático en la Universidad de Bochum (1975-1983) y lo es, actualmente, en la Universität Gesamthochschule Siegen. Es Directeur d'Études associé à l'École des Hautes Études en Sciences Sociales (París).

EL QUIJOTE: SEGUNDA PARTE. PARODIA Y CREACION

Muchas gracias, Ana María Barrenechea *, por tus bondadosas palabras dictadas por la generosidad.

También quiero expresar públicamente mi agradecimiento al Ministerio de Educación y a la Comisión de Homenaje del Premio Amado Alonso por esta invitación extremadamente generosa que me permite el reencuentro porteño con el muy querido y respetado don Rafael Lapesa, maestro voluntario e involuntario de todos nosotros, y con viejos y nuevos amigos y colegas.

Quiero también asegurarle al profesor Enrique Pezzoni que mi trabajo no va a ser demasiado largo y que voy a ir poniendo las hojas ya leídas hacia la izquierda para que pueda calcular con alivio el tiempo que falta para que yo termine y él pueda leer su ponencia.

Y quiero pedir disculpas a todos por el uso de algunos tecnicismos poco frecuentes en mis escritos. Si aparecen aquí, son como sincero homenaje al fervor por el neologismo y la nomenclatura que creo que caracteriza la crítica literaria académica de nuestro país. Es un fervor que se ha convertido en virtud y que observo con admiración y, a veces, también con reserva.

Una lectura moderna del *Quijote* me parece que exige el enfrentamiento simultáneo con tres textos: La Primera Parte de 1605, la Segunda Parte de 1615, y lo que hoy entendemos por el *Quijote*, las dos partes unidas. Este *Quijote* que leemos hoy, el que se lee desde 1617, es un libro peculiarmente diferente del que dictaba necesariamente la circunstancia de la escritura de la Segunda Parte.

En efecto, publicada en 1615, ya circulaban impresas por lo menos diez ediciones distintas de la Primera Parte. La breve historia editorial independiente de las dos partes, sugiere que los lectores (y Cervantes) le otorgaron cierto grado de independencia necesaria ya que todavía en 1617 salió impresa

* Ana María Barrenechea recordó con afecto la larga labor realizada en el Instituto de Filología "Dr. Amado Alonso" por el Dr. Lerner desde el comienzo de su carrera y los lazos que, aun estando en el extranjero, han seguido uniéndolo con este centro de investigación.

en Bruselas la Primera Parte (la tercera impresión hecha en Bruselas) y, además, la Segunda Parte tuvo cuatro ediciones separadas hasta la aparición, en 1617 en Barcelona, de las dos partes juntas, lo que hoy llamados, sin duda con razón, la obra completa. Pero esta perspectiva no debe alejarnos de las características de su enunciación, quiero decir, de la producción y recepción contextualizada de este texto múltiple.

Digo múltiple en el sentido más elemental: se trata no de un texto sino de dos, y juntos terminan por ser inevitablemente un tercer texto. Pero creo que el ejercicio de reconstruir parcialmente el proceso de recepción de la Segunda Parte permitirá entender mejor nuestra lectura de fines del siglo XX, nuestro proceso de transcontextualización de esta historia, que hoy se ve como fundadora de la narrativa moderna.

Por demasiado obvio, se ha descuidado un poco, como siempre sucede con lo que parece obvio, el examen atento de las relaciones paródicas del *Quijote* con los libros de caballerías desde una perspectiva que vaya más allá de los casos de intertextualidad, practicada de modo a veces excesivo ya por Clemenčin. En parte, esto se debe al creciente interés por el elemento psicológico en la narrativa, y por el paralelo olvido de las conexiones entre las diversas conformaciones de historias de corte escapista.

Pero declarar que el *Quijote* es una parodia de los libros de caballerías, exige obligatoriamente la reformulación de los postulados generales sobre los que asentamos esta declaración. Porque hay diferencias tan netas entre las dos partes, porque es tan clara la voluntad de Cervantes de exigir del lector atención al proceso de reflexión sobre el texto mismo, una lectura activa del *Quijote* parece una propuesta inevitable.

En efecto, llama la atención del lector actual al enfrentar la lectura independiente de la Segunda Parte, qué elementos serían necesarios para reconstruir la recepción de 1615. Los diez años transcurridos desde la aparición de la Primera Parte, exitosos editorialmente, y la lenta elaboración de esta segunda, invitan a redefinir la propuesta paródica inicial. En primer lugar, Cervantes se vio obligado a pensar en, por lo menos, dos tipos de lectores que hoy ya han desaparecido. Los que conocían y los que no conocían la Primera Parte.

Mucho de lo que hoy atrae a los lectores modernos al *Quijote*, tiene que ver con la atención cada vez más concentrada en el cuestionamiento del texto mismo. La necesidad casi imperiosa de legitimarse a través del auto-examen está dentro mismo de la naturaleza de esta Segunda Parte. Surgen, pues, dos tipos de intertextualidad. El *Quijote* de 1605 contaba con la competencia que permitía identificar las alusiones a los libros de caballerías; los de 1615 deben agregar el conocimiento de la Primera Parte como texto autónomo, como texto que pudo o no haberse leído. Ambas competencias nos son hoy parcialmente ajenas. La primera porque ya nadie, casi nadie, (y entre ellos muy pocos profesores de literatura, en verdad), lee libros de caballerías. La segunda porque todos leemos la obra completa, y dentro de los límites de la tolerancia intelectual de nuestra modernidad, muchos de los lectores corrientes sólo cubren la Primera Parte.

Nuestra competencia es, en cambio, de otro tipo. La sofisticación intelectual que permite la parodia, con la que cuenta el autor para que esa competencia se cumpla, corresponde hoy a un ejercicio de recepción menos activo, puesto que el *Quijote* es ya un ícono. De cierta manera peculiar, más o menos empobrecedora y al mismo tiempo victoriosa, todos conocemos (reconocemos) el *Quijote*.

Pero desde 1605 a 1615, Cervantes debió enfrentar el desafío de la creciente popularidad de su libro, la necesaria atracción de otros lectores y la aparición de un apócrifo en 1614, cuando el grueso de su Segunda Parte, estaba ya escrita.

El signo paródico debía modificarse y la complejidad de los elementos que constituyen el género debía apelar a otras estrategias textuales. ¿Qué entender por parodia en estas/esas circunstancias históricas? Es probable que la definición de parodia no responda a nociones invariables; la contextualización, la ausencia de una hipercodificación esencial del género, como veremos, hace difícil, si no inútil, esperar características fijas. Si parodia es repetición con diferencias, como postula Hutcheon, es imitación con distancia irónica, entonces es justo reclamar para la parodia una variedad operativa suficientemente amplia como para que incluya desde la ridiculización hasta el homenaje. No toda parodia intenta el ridículo. No

toda transcontextualización supone la burla. Ciertamente, la atracción de textos que se rehacen irónicamente lleva implícita la admiración. Me atrevo a sugerir que uno de los más intensos atractivos del *Quijote* para el escritor moderno, es precisamente esta componente de admiración que incluye la parodia cervantina.

Por cierto, el atractivo que Cervantes sintió por los géneros y subgéneros consagrados y la necesidad cumplida, prometida, abandonada, de tratarlos y parodiarlos en el momento de más clara aceptación o decadencia en el favor del público o de los autores, es una constante en su obra: la pastoril, la novela bizantina, la novela corta, la novela picaresca, la poesía amorosa, entre otras fueron sometidas a examen crítico y reverente.

¿Quiere esto decir que Cervantes, al parodiar los libros de caballerías intentaba una revalorización conservadora? ¿Que la burla estaba dirigida a desprestigiar las muestras del género que no seguían los postulados del *Amadís*, al que salva de la hoguera en el capítulo 6 de la Primera Parte? No parece ésta una deducción justa. Al contrario, parece legítimo afirmar que el texto cervantino propone una reescritura de los libros de caballerías, que no intenta la imitación de un género ya consagrado, rígido y tiránico, sino la apropiación dialógica, antagonista y subversiva de estos textos inmovilizados en parámetros que se repetían con cada nuevo título y atacado por los pensadores y moralistas contemporáneos, pero leídos imperturbablemente, universalmente, a pesar de los ataques.

En la Primera Parte, esta re-escritura antagonista se revela en la quiebra de la propuesta central del género, que es, para Cervantes, la diferencia posibilitadora de la parodia: la degradación del aislamiento utópico, casi ucrónico, por la invasión de lo cotidiano contemporáneo.

La Segunda Parte debe enfrentar la presencia de esta estrategia y entablar un nuevo diálogo con esta propuesta, como ya hemos señalado. Se trata, pues, de continuar y cambiar la Primera Parte y, por ello, el género. Reactivar para los lectores nuevos la Primera Parte y distanciarse de ella. Si hasta entonces la invasión de lo real es lo que permite la parodia, ahora será el reconocimiento, en lo que los lectores advierten

como real, de don Quijote como caballero andante, lo que disponga al mundo que lo rodea a colaborar en la diferencia que haga posible la parodia.

La reflexión sobre el texto mismo se aleja del género y se concentra, especularmente, sobre la Primera Parte. La misma actitud moderna de desconfianza hacia la crítica externa, que le ha ganado a Cervantes tantos lectores- autores en nuestro tiempo, permea toda la Segunda Parte; cuestionamiento del texto, valorización y defensa o ataque de procedimientos narrativos, atención al receptor, disolución de la identidad de la voz narrativa, preocupación por la correcta lectura y, finalmente, rechazo del pastiche de Avellaneda, a partir del capítulo 59, son parte de los elementos que renuevan la propuesta paródica de la Segunda Parte, y la distinguen de su texto generador.

Esta reflexión vuelta sobre el texto de la Primera Parte permite una mayor concentración y especificidad. No es casual que haya en la Segunda Parte menos comentarios generales sobre literatura y que el más extenso se dé en la casa del Caballero del Verde Gabán: el único de los personajes no fugaces, junto con don Quijote y Sancho, que no ha leído la Primera Parte. La obsesión por el texto mismo, la incesante observación de la narración que se va desarrollando, elimina asimismo la incorporación de otros discursos. La ausencia de las narraciones intercaladas que hacían posibles diversos registros discursivos en la Primera Parte, no solamente obedece a probables críticas: también resultaba indispensable para separar y diferenciar los dos textos.

El *Quijote*, más que una reflexión directa sobre la literatura, con personajes que opinan y discursos que se incorporan para multiplicar registros y enfrentar opciones, será ahora el espacio donde se exprese "sola y señera", la lengua de este nuevo libro de caballerías: homenaje y parodia subversiva del género, pero también continuación y cambio de la Primera Parte. Así, pues, si la parodia incluye por definición la síntesis de dos textos, estamos en la Segunda Parte ante el reemplazo del género por el representante antagónico; de esta manera, los lectores entran en la nueva convención y pueden ejercitar su competencia. Esto se ve con particular brillo en las instancias auto-reflexivas que en la Segunda Parte permiten manipular

satíricamente las estrategias creadas en 1605; en efecto, la inclusión de la Primera Parte como conocimiento de los mismos personajes, explota la convención del sistema narrador-texto-lector. Ya en el segundo capítulo, enterado Sancho de la existencia del libro, cuestiona la elección del narrador omnisciente: "y dicen que me mientan a mí en ella con mi mismo nombre de Sancho Panza y a la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasamos nosotros a solas, que me hice cruces de espantado cómo las pudo saber el historiador que las escribió".

El tercer capítulo se abre con la rebelión del personaje autónomo: don Quijote duda de la veracidad de la Primera Parte y espera ver cumplido el principio, retórico para nosotros, histórico para él, del decoro. Esta autonomía permite el tratamiento irónico del personaje, el rechazo de la crítica y la defensa apasionada del texto, ya sea por el irrefutable hecho de su éxito, como por la re-escritura de episodios.

Todo esto prepara el proceso de pulverización de las identidades del lector y el narrador que intenta la Segunda Parte. Si el punto de vista en el momento de la escritura se desplaza de los lectores que han leído la Primera Parte a los que la desconocen, mediante recapitulaciones y suposiciones que incluyen el conocimiento de aventuras anteriores, la identificación del narrador vuelve a opacarse con la multiplicación de instancias intermedias.

El capítulo cinco nos enfrenta con la intervención del traductor inventado en la Primera Parte para parodiar la fórmula de la convención de los libros de caballerías que proponía el encuentro de un misterioso manuscrito en lengua ignota. Mediante este recurso, Cervantes reemplaza la relación con el género por la relación con su propio libro, al tiempo que añade otro paso intermedio para llegar a la identificación de la voz narrativa.

En la Primera Parte, el texto parecía la narración basada en anales manchegos y documentos arábigos que un traductor había puesto en castellano. Ahora el lector descubre que el morisco traductor ha intentado ejercer la función de censor. Pero lo conocemos a través de un narrador que, no lo sabíamos hasta ahora, había modificado, no sabemos cómo, la fiel

traducción del toledano gustador de pasas. Este narrador que en el capítulo 9 de la Primera Parte no vacila en identificarse con un rotundo yo para luego desaparecer detrás de la narración de la historia, en la Segunda Parte, más ambiguo y no siempre identificable con el sujeto del texto, contribuye perversamente, lúdicamente, a la destrucción de su identidad. Así, el capítulo 10 se abre con un comentario sin sujeto explícito que el lector podrá atribuir al traductor, al narrador que a veces transcribe, a veces varía y, a veces, como aquí, si es que se trata del narrador, comenta la historia, deslizándose del discurso directo al discurso referido, ironizando sobre verdad y creación o verdad y mentira. O interfiriendo en el desarrollo de la historia con comentarios parentéticos dilatadores de la acción y creadores de comicidad que, a su vez, parodian el esquema narrativo de corte popular:

y sucedióle todo tan bien, que cuando se levantó para subir al rucio vio que del Toboso hacia donde él estaba venían tres labradoras sobre tres pollinos, o pollinas, que el autor no lo declara, aunque más se puede creer que eran borricas, por ser ordinaria caballería de las aldeanas, pero como no va mucho en esto; no hay para qué detenernos en averiguarlo. En resolución...

Esta misma fórmula se ejercita más adelante en el capítulo 12, en que Cide Hamete reaparece, llamado más frecuentemente "autor" en esta Segunda Parte, como censor de su propio texto, seleccionado, recortado, comentado, reinstaurado por este traductor (como en el exordio del capítulo 44) o por el transcriptor del texto traducido. Este dominio de la voz traductora o transcriptor (no sabemos bien), se hace a veces perentorio. Orienta al lector, añade dudas, aclara situaciones, interponiéndose delante de la narración, prepotente, cómica, irónica, como en la escena del duelo primero con Sansón Carrasco, cuando lo identifica como el Caballero del Bosque.

Otras veces, extrae de la historia la voz de Cide Hamete y la dramatiza obligando al lector a rever presupuestos sobre los que apoya su comprensión del proceso comunicativo como en el episodio de los leones que presencia el Caballero del

Verde Gabán, o en la introducción al episodio de la Cueva de Montesinos en que se extrema la puntualidad de la traducción transcribiendo las notas al margen de Cide Hamete, duplicando su función de narrador en la de comentarista de los hechos de la historia. En otros casos, inversamente, queda eliminada por completo la voz de Cide Hamete por la del traductor, de modo explícito, y la escena queda referida por un transcriptor nunca bien identificado:

Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de don Diego, pintándonos en ellas lo que contiene una casa de un caballero labrador y rico; pero al traductor desta historia le pareció pasar estas y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venían bien con el propósito principal de la historia, la cual más tiene su fuerza en la verdad que en las frías digresiones.

Pero la Segunda Parte también produce una especie de hiper-narrador que elimina la voz del autor, del traductor y, si se quiere, la del transcriptor. Es el que conoce también la Primera Parte. Así, en el capítulo de la aventura del rebuzno, el comentario inicial se dirige a los tres tipos de lectores posibles en el momento de la aparición de la Segunda Parte y recrea el capítulo 23 y añade datos no conocidos por ninguno de los lectores: "Este Ginés de Pasamonte a quien don Quijote llamaba Ginesillo de Parapilla fue el que hurtó a Sancho Panza el rucio; que por no haberse puesto el cómo ni el cuándo en la Primera Parte, por culpa de los impresores, ha dado en que entender a muchos, que atribuían a poca memoria del autor la falta de imprenta".

Pues bien, el texto supone conversaciones desconocidas por los lectores: don Quijote llama a Ginés, "don hijo de la puta, don Ginesillo de Paropillo, o como os llamáis" y este hiper-narrador rechaza los añadidos que desde la segunda edición de Juan de la Cuesta explicaban el robo del rucio y advierte a los lectores de lo que ellos ya deben saber si leyeron las ediciones siguientes a la princeps. A este narrador también habrá que atribuir la alabanza irónica a Cide Hamete que abre el capítulo 40 y en que se cuenta el final de la historia

de la dueña Dolorida, y los "Dicen que" iniciadores de comentarios metatextuales que funcionan como posibilidad máxima de indeterminación del narrador en esta Segunda Parte.

Pero las rebeliones y las censuras del traductor son, al mismo tiempo, prueba de la intención paródica del texto. El traductor es, en verdad, la voz defensora de la naturaleza estática del género, que declara la invariabilidad de los personajes. Los escuderos son escuderos; los caballeros no dejan de serlo nunca. La propuesta paródica, la repetición contestataria, es hacer de Sancho filósofo, predicador o arribista social. Los desajustes, la diferencia, no deben entenderse como el resultado de desarrollos psicológicos, según quiere cierta crítica inmovilizada en presupuestos de la narración realista decimonónica, sino más bien, como reafirmación de esta actitud paródica ya mencionada. De hecho, los personajes que vuelven a la Primera Parte para inspirar su conducta y repiten a Dorotea, son sus lectores convencionales: Sansón Carrasco, la Duquesa, Antonio Moreno.

En las tensiones entre las dos partes, los elementos satíricos parecen hacerse evidentes con más intensidad en la Segunda Parte. No siempre es fácil separar parodia y sátira; y en el *Quijote*, la presencia simultánea de la realidad no codificada, (la que el lector recibe como referente en el texto) y la de la realidad hiper-codificada del género de los libros de caballerías, complica esta separación. Sin embargo, por el hecho de que los personajes participan en la Segunda Parte de esta voluntad paródica, pues ya conocen la existencia de don Quijote, los elementos satíricos parecen más evidentes.

A pesar de que en ambas partes, convencionalmente, es la estrategia narrativa del viaje la que permite las aventuras en serie, en ambas también, una situación central modifica esta estrategia. El cuarteto de Cardenio, Luscinda, Dorotea y don Fernando son, de alguna manera, centrales en la Primera Parte; sin embargo, una situación novelesca de amores contrariados los reúne casualmente y crea encuentros también casuales ordenados por la trama. La Segunda Parte tiene como elemento central de la historia que allí se relata, me parece, el mundo de los duques. Aquí, la casualidad parece estar dictada por el referente. No es casual el viaje a Zaragoza, pues lo dicta la

tradición histórica de las justas, aún vivas y anacrónicas en el momento de la escritura. Los duques no necesitan cambiar su identidad; son de alguna manera anacrónicos ellos mismos. No porque, como en el caso de Dorotea, sus acciones (sus amores pre-tridentinos) no se ajustan a las situaciones que dicta el referente sino más bien a las convenciones de una trama novelesca. Son anacrónicos porque sus acciones representan su desajuste con los cambios que se estaban produciendo en el orden social español. Ningún episodio ilustra mejor esa voluntad de rechazo de los tiempos nuevos que se avecinan con mayor o menor velocidad, que el creado por el muy cómico pedido de ayuda en forma de desafío solicitado por doña Rodríguez. Los frustrados amores de la hija de doña Rodríguez, están ordenados por factores económicos bien concretos. No hay aquí incumplimiento supuesto de palabra de casamiento por hartazgo de la pasión. La hija de doña Rodríguez no puede hacer cumplir la palabra al "hijo del labrador riquísimo" porque el duque "hace orejas de mercader y apenas quiere oírme; y es la causa que como el padre del burlador es tan rico y le presta dineros y le sale por fiador de sus trampas, por momentos no le quiere descontar ni dar pesadumbre en ningún modo". Se trata pues de reflejar el mundo de los aristócratas de provincia, divertidos y ociosos, despreocupados y gastadores, improductivos e imperiosos; ajenos a la evolución de la economía dineraria, cada vez más rodeados de campesinos ricos que se van haciendo dueños de tierras y creadores de formas de vida afines a las de la burguesía. El texto no parece mirar a estos señores provincianos con excesiva simpatía, por lo menos desde nuestra perspectiva de finales del siglo XX, que no debe caer en el despropósito de hacer del *Quijote* un texto revolucionario decimonónico. Pero es justo insistir en que la impresión que desea crear la Segunda Parte es la de un mayor énfasis en el referente que se observa con intención satírica. La presencia de ciertos personajes es esperable, pues la estrategia de la serie de aventuras que dicta el viaje del héroe es menos azarosa y más dirigida. El texto se puebla, así, de Camachos ricos y de señores urbanos que gustan de saraos y nuevas invenciones como don Antonio Moreno; de aristócratas provincianos y de bandoleros; de mancebitos empobrecitos que van a la guerra por necesidad, de caballeros labradores con hijos universitarios y de Claudias

Jerónimas capaces de "encerrar más de dos balas en el cuerpo" del amado por "desaforada venganza". De entre ellos sobresale la ambigua figura del duque, encantado de irritar al cura del castillo, irritado a su vez con Tosilos cuando desbarata por amor sus planes de burla; generoso y mezquino a la vez, más abúlico en la caza que su mujer la duquesa, está enamorado del poder que le ha otorgado el orden social en que ha nacido; "Si una vez lo probáis, Sancho —dijo el duque— comeros heis las manos tras el gobierno por ser dulcísima cosa el mandar y ser obedecido", le dice cuando le ofrece la insula en el capítulo 42. Pero el desdén de una de las voces autoriales emerge sin ambigüedades cuando opina Cide Hamete en el capítulo 70: "no estaban los duques dos dedos de parecer tontos pues tanto ahínco ponían en burlarse de dos tontos".

Sancho Panza mismo acusa ciertos rasgos que tienen menos que ver con aproximaciones a la locura de su amo y más con su firme condición campesina. Creo que no está de más insistir en la importancia creciente que tiene en la Segunda Parte la religión oficial en el discurso de Sancho. No solamente se refleja en menciones y citas directas de las escrituras sino en temores o reticencias y afirmaciones que marcan su conducta. Si don Quijote parece ajeno a las actividades de la Iglesia como institución reguladora de la conducta social o represora a través de la Inquisición; si su biblioteca estaba significativamente desprovista de libros de devoción, Sancho aparece en esta Segunda Parte, conformado por rasgos de cultura religiosa popular que hacen referencia directa al modo de vida campesino. Modernas investigaciones de los archivos inquisitoriales han vuelto a llamar la atención sobre la presión inquisitorial sobre la población rural; la conducta de Sancho refleja esta situación de modo muy agudo, no desde el ángulo de los que se rebelaban sino, significativamente, desde la actitud de aquellos que habían aprendido rápidamente a ser cautelosos. No es solamente la insistencia en su condición de cristiano viejo ya presente en la Primera Parte (capítulos 21 y 47) a través del propio Sancho y del narrador; esto tiene que ver con la sátira de escritores urbanos contra las pretensiones campesinas, a estas alturas, hipercodificada como recurso cómico, particularmente en el teatro. Pienso más bien en otros aspectos que tienen que ver con la atención dirigida al referente. Por un lado, la pre-

dicación como fuente de conocimientos, según Sancho le recuerda a Teresa en el capítulo 5, o como particular modo del discurso, según advierte don Quijote en el capítulo 20, o se inscribe sin comentario en el capítulo II:

Pero encomendémoslo a Dios, que Él es sabidor de las cosas que han de suceder en este valle de lágrimas, en este mal mundo que tenemos, donde apenas se halla cosa que esté sin mezcla de maldad, embuste y bellaquería.

Según era de esperar, la cita evangélica como recurso retórico con buena y no tan buena intención aleccionadora, se pone fundamentalmente en boca de don Quijote, quien recuerda, por ejemplo, a San Mateo 12.34 y San Lucas 6.45 en el "de la abundancia del corazón habla la lengua"; y los Hechos de los Apóstoles en el capítulo 25 con "a sólo Dios está reservado conocer los tiempos y los momentos"; pero también con sesgo cómico en el episodio de los leones, cuando increpa al carretero "¡Oh, hombre de poca fe!" (San Mateo 14.31).

En cambio, la Iglesia como institución controladora, es parte de la experiencia de Sancho como corresponde a las condiciones históricas. En el famoso episodio de la entrada al Toboso se ha prestado demasiada importancia al "con la Iglesia hemos dado, Sancho" que don Quijote pronuncia y que permite el juego interpretativo infinito de su aparente ambigüedad. Pero quien contextualiza y define la plurisignificación de esta expresión más bien inocente, es el sabio Sancho en materias de control social: "Y plega a Dios que no demos con nuestra sepultura, que no es buena señal andar por cimentarios a tales horas". Lugar y horas habituales para prácticas hechiceriles. Como es también Sancho el único que advierte las relaciones con la brujería en el episodio de Clavileño (capítulo 41): "que yo no soy brujo, para gustar de andar por los aires. Y qué dirán mis insulanos cuando sepan que su gobernador se anda paseando por los vientos?". Desde su cómoda situación social, la duquesa puede hacer chistes sobre Malambruno, encantador y a la vez cristiano, pero Sancho, temeroso en más de un sentido, es el que pide que lo encomienden a Dios, invoquen a los ángeles y ayuden con paternostres y avemarías; la obvia comicidad de todo esto está, sin embargo, muy cervantinamente

alineada con un agudo sentido de la realidad de la experiencia popular, atraída por las prácticas hechiceras y consciente de su peligro. A esta experiencia, pero enfocada desde el punto de vista paternalista del narrador, habrá que atribuir también su idea de la santidad como un acto voluntario (capítulo 8) o su deseo de quedarse con la infernal "ropa de llamas" con que será vestido para volver "a la perdida luz" a Altisidora (capítulo 69) y la corza "pintada de diablos", "al modo de las que sacan los penitenciados por el Santo Oficio". En verdad, todo este episodio, "infernal" parodia motivos más o menos litúrgicos y hace libre uso cómico y popular de la lengua religiosa. Será don Quijote el que use con sentido metafórico y no metafórico la palabra "martirio" para calificar el castigo que recibe Sancho a fin de lograr el desencantamiento y resurrección de Altisidora: lujoso remedo de los duques del encantamiento que Sancho inventa para Dulcinea. Sancho se apoderará descaradamente de la expresión en el capítulo siguiente:

Yo no sé, ni puedo pensar cómo sea que la salud de Altisidora, doncella más antojadiza que discreta, tenga que ver, como otra vez he dicho, con los martirios de Sancho Panza.

Pero si este predominio del referente en la Segunda Parte es una de las marcas de la diferencia con la Primera Parte, hay otro elemento al que querría referirme que puede resultar de particular interés para entender las dimensiones de novedad que debió marcar la aparición de esta Segunda Parte.

Como se sabe, debemos a la paciente labor, previa a la difusión de las computadoras, de don Carlos Fernández Gómez de un vocabulario total cervantino que incluye un cómputo del Quijote. A pesar de algunas imperfecciones, es todavía de extraordinaria utilidad, a pesar de que el cómputo del apéndice no separa las dos partes de la obra. Pero el hecho de que este texto es uno de los últimos escritos que conocemos de Cervantes, elaborado en los últimos años de vida que coinciden, hasta donde sabemos, con su momento más creador, invita a investigar en qué campos léxicos el proceso de recodificación, de vital renovación, acusa mayor dinamismo: el último dinamismo cervantino. No es posible, en las circunstancias actuales de

nuestras fuentes de referencia, sino una propuesta de trabajo preliminar y conclusiones transitorias. De todos modos, baste señalar que una lectura actual debe tener en cuenta simultáneamente la dimensión diacrónica y sincrónica en la creación léxica cervantina y recuperar el asombro o la sorpresa de los lectores contemporáneos es hoy una labor arqueológica que si bien escapa a las posibilidades, y a muchas de las necesidades, del lector actual, no conviene que pase inadvertida para el lector competente o para el investigador deseoso de contextualizar, aún lingüísticamente, la obra de Cervantes.

En todo caso, impresiona en la revisión del léxico de *Quijote*, el número elevado de entradas únicas de la Segunda Parte. Una revisión preliminar indica un mayor número que en la Primera Parte y, tratándose de uno de los últimos textos, calificar de constante la reformulación del léxico en el espacio macrotextual cervantino, es algo más que un juicio crítico generalizador. Naturalmente, frente a la intensa codificación del discurso poético de la época, la inestabilidad es esperable en textos narrativos. En el caso del *Quijote* y, en verdad, en toda la obra de Cervantes, la creación, la opción y el cambio léxico, son de importancia paradigmática para el desarrollo del discurso narrativo en castellano. También permitirá el análisis exhaustivo de los usos léxicos, revisar conceptos enraizados en la crítica que dan por sentado un impreciso estilo cervantino de apoyo realista, frente a otro discurso, llamado italianizante o bizantino. Finalmente, tal vez permitirá comprender que estos conceptos tal vez tengan que ver más con preferencias por cierto tipo de fábula y menos con diversas vertientes de su escritura. En todo caso, este estilo así llamado cervantino, parece recurrir con frecuencia a latinismos, invenciones o derivaciones cultas que no siempre tienen que ver con la reproducción mimética de la lengua hablada: lo que pensamos que pudo haber sido la lengua hablada de fines del XVI y principios del XVII. Palabras nuevas en la documentación literaria como *cerbelo*, *escrúpulo*, *rector*, *impertinente*, como opuesto a *pertenciente*, o *galocho* tal vez indican que para los lectores contemporáneos no se trataba siempre de un discurso deseoso de reproducir sin más el referente, sino de la creación de un mundo con diversos grados de autonomía.

En todo caso, si se observan las apariciones únicas de la Segunda Parte, se nota que los narradores, casi por necesidad, proporcionan el mayor número de casos con novedades léxicas; en cambio, don Quijote y Sancho, en general, pero no exclusivamente como veremos, apelan a la formación de palabras en el idiolecto literario cervantino mediante sufijos (y también prefijos, pero menos frecuentemente), generadores de comicidad, con y sin intención paródica. Naturalmente, la variedad léxica en textos narrativos puede obedecer a razones diversas. No todo es inestabilidad, no todo es proceso de reformulación. Inéditas escenas, o situaciones, nuevas representaciones pueden dar por necesidad aperturas nuevas de campos léxicos. Pero algunos casos de renovación léxica son de fascinante interés. Que Rocinante sea llamado por primera vez *matalote* en Barcelona, en el episodio en que los muchachos "que son más malos que el malo", le encajan debajo de la cola un manojo de aliagas, se explica por espléndida necesidad interna: la invención cervantina, puesto que ésta es la primera documentación literaria del vocablo y única aparición en Cervantes, está relacionada con las nuevas llagas que producen las aliagas en el pobre rociú, sin duda lleno de mataduras. Estas "mataduras" recreadas imaginariamente en el campo léxico abierto por la situación narrativa, se hacen reales en el uso del derivado *matalote* con sufijo despectivo ya presente de modo insigne en el nombre adoptado por el amo y jinete.

Aún en el léxico marino tantas veces usado de manera singular por Cervantes en otros textos, la Segunda Parte, apoyada en un segmento narrativo que no se establece en los parámetros de la aventura de alta mar, se asoma, en la marina de Barcelona, al mundo de los remeros, y aparece *bandín*, *palamenta* y la expresión *hacer tienda*, no usados antes y no vueltos a usar en el más contemporáneo y viajero *Persiles*.

Sancho malicioso, Sancho parodiador, Sancho labriego. Sancho gobernador, pasa del léxico reproductor de sus vivencias rurales al de la creación por derivación burlesca o paródica. El es el que conoce el valor inalcanzable para un villano del paño llamado *limiste*; el que inscribe la primera documentación literaria de *choquezueta*, cuando dos escudos lo inmovilizan como galápago, en la fingida invasión de la fingida Bara-

taria; el que llamará por única vez a don Quijote *patrón* en la aventura de la cueva de Montesinos, zumbón y paródico, ya no de la relación caballero - escudero, sino de la relación amo - criado:

En mala coyuntura y en peor sazón y en aciago día bajó v. m., caro patrón mío, al otro mundo, y en mal punto se encontró con el señor Montesinos, que tal nos le ha puesto.

Es el que llamará *badulaques* por 'afeites' a los consejos que sobre su persona le dará don Quijote antes de la partida a Barataria. Y puesto ya en gobernador insultará, significativamente, al labrador Miguel Turra, con el único *patán* del canon cervantino, que refleja de manera exquisita el idiolecto de los señores contemporáneos, del que Sancho se adueña en su inédita y corta carrera de gobernador. Situación, por lo demás, que le permite apelar a crudos latinismos de incorporación reciente en la lengua literaria como *adminículo*, en cómico uso adjetivo, cuando amenaza con encarcelar al doctor Recio:

"Porque si alguno me ha de matar ha de ser él, y de muerte adminícula y pésima, como es la del hambre".

Vuelto a su condición de escudero, yendo de vuelta a su aldea y muy bien dispuesto a cobrar por los azotes que desencantarán a Dulcinea, por ofrecimiento de don Quijote, invertido mal administrador de sus bienes, Sancho descontará ochocientos veinticinco reales calculados en veloz y precisa operación aritmética inconcebible en su amo: "Estos desfalcaré yo de los que tengo de v. m. y entraré en mi casa rico"; este *desfalc* italianizante y ya popular en castellano, tiene en este uso único cervantino puesto en boca de Sancho, un aire socarrón y mal intencionado que don Quijote prefiere no captar, pero que debió hacer las delicias de los lectores contemporáneos, para los que el vocablo no tenía la semi-dignidad que el periodismo otorga hoy a los robos financieros, en cuya relación el vocablo aparece con abrumadora frecuencia.

En cambio, cuando Sancho se irrita, su discurso apela a la formación de palabras con sufijos inesperados, humorísticos. No se trata de las famosas prevaricaciones léxicas de la Pri-

mera Parte, sino de creaciones intencionadas que terminan por moldear su idiolecto: menos rural, menos analfabeto de lo que solemos creer. Cuando comentan los duques el encantamiento de Dulcinea, Sancho exclama: "Y ¡cómo si la he visto! Pues ¿quién diablos sino yo fue el primero que cayó en el achaque del encantorio? ¡Tan encantada está como mi padre!".

Este ejemplo único de *encantorio* del capítulo 31 es el que sin duda genera el cómico y ceremonial *lavatorio* del capítulo siguiente, y única aparición en Cervantes, en el episodio del lavado de barbas en la mesa de los duques. La creación aparece recubierta por aciertos sintácticos de carácter popular en el diálogo que imita la conversación, como son las palabras repetidas por el interlocutor de la Duquesa, Sancho, con valor intensificador, pero con significado antitético: "encantada" y el vervo "ver".

No es menos complejo y creador el léxico de don Quijote, con derivados que van desde latinismos, algunos leídos en *Ércilla* por Cervantes, como *nervoso*, hasta aumentativos y diminutivos irónicos como *refrancico*, *madrigalete* o *tragón*; o derivados irónicos como *hechiceresca*, *cebolluda* o *copleros*. Y esta misma amplitud en la formación se da en la selección léxica de usos únicos; desde pedantes latinismos que no puede pronunciar Sancho, como *longincuos* o *verídico*, por primera vez documentado literariamente en el *Quijote* y en aparición única, hasta la primera documentación literaria del popular *churumbela*, ya definido por Covarrubias, en el melancólico proyecto final de imitar la pastoral Arcadia.

En los narradores, los usos únicos por derivación o de vocabulario alcanzan aun más complejidad, entre otras razones, porque ensaya parodias y pastiches de los personajes, por la ambigüedad del discurso referido y por la multiplicidad de planos que la estrategia cervantina ha elegido para destruir la identidad de esta voz.

En los demás personajes, la creación léxica no está ausente, y cuanto más intensa la voluntad cómica, más esperables son los ejemplos. En el segmento de los Duques, los derivados humorísticos de *pedra* son esperables por la resistencia de Sancho a los azotes que desencantarán a Dulcinea y por la resistencia de don Quijote a los amores de Altisidora. Altisidora llamará

dos veces *empedernido* a don Quijote en las dos únicas apariciones de la palabra que registra el corpus cervantino; la segunda en el capítulo 70, en perversa parodia del más célebre verso de Garcilaso:

“¡Oh más duro que mármol a mis quejas, empedernido caballero”...

La ninfa argentada de rostro “más que demasidamente hermoso”, con voz “no muy adamada”, palabra esta última documentada sólo a partir de fines del siglo XVI, en textos no literarios, y con esta entrada única en Cervantes, acusa a Sancho de tener entrañas “guijeñas y apedernaladas” en un discurso que combina cómicamente todos los recursos retóricos tradicionales de la persuasión y exhortación correspondientes al estilo elevado, con expresiones descategorizadoras de la lengua popular, que no excluyen aumentativos de entrada única como *bestión* ni latinismos que se incorporan por primera vez al español literario como *truculento*. Estos desajustes, generadores de humor, hacen posible que sea nada menos que la Duquesa la única que use el muy marginal *boquear* sólo registrado otra vez, como era de esperarse, en el *Rinconete*, y la que recurrirá a comparaciones con la naturaleza, de tipo popular: “tan amargo, que en su comparación son dulces las tueras y sabrosas las adelfas”. *Tueras y adelfas* que sólo habían aparecido, también juntas, en *La Galatea* sin asomo de parodia.

La zafia aldeana que Sancho hace pasar por Dulcinea desfigurará *requiebros* en *resquebrajos*; Montesinos utilizará el verbo *solapar* con involuntaria, y por ello, cómica traslación peyorativa ya registrada en Nebrija e inventará el hápaz *mensil*, olvidado ya por *Autoridades*.

La lista es muy extensa y de gran interés. Quisiera concluir aquí con un último ejemplo que atañe más a la marcada preferencia por el referente en el momento de la escritura, que por ello corresponde a la componente satírica de la Segunda Parte y que puede quedar inadvertido para el lector actual. En el capítulo 23 de esta Segunda Parte, Cervantes, a través del discurso referido por el narrador, hace decir al primo del licenciado y gran esgrimista, que “su profesión era ser humanista; sus ejercicios y estudios, componer libros para dar a la estam-

pa”. Cervantes había usado la palabra una sola vez anteriormente, en el *Viaje del Parnaso* a propósito del doctor Andrés del Pozo: “Humanista divino es, según pienso / el insigne doctor Andrés del Pozo”. Cervantes debió conocer en Italia a este sacerdote granadino allí residente. En todo caso, la referencia a él es elogiosa; el texto del *Quijote* apunta a un uso de la palabra *humanista* más complejo que refleja el paso del tiempo de manera singular. Para Cervantes, además del significado más general de hombre estudioso y conocedor de las lenguas clásicas y su cultura, la voz *humanista* tiene aquí la segunda acepción antigua profesional, pero utilizada con intenso sentido irónico que se va desarrollando en los párrafos siguientes.

El personaje satiriza un tipo de saber innecesario, de erudición dispensable que atrofiaba tomos que la moda intelectual había puesto de moda y a esas alturas del siglo XVII se había hipertrofiado. Como en el caso de la novela de caballerías, la pastoril, la comedia, Cervantes se lanza contra las formas absurdas de la hipercodificación, aún en textos destinados a la lectura informativa como las misceláneas. Polidoro Virgilio, citado a continuación en el texto, debe considerarse historiador y filólogo digno de respeto, pero los perpetradores de suplementos e imitaciones deformadoras merecen la burla, incluso la de Sancho, campeón del sentido común. La erudición y el estudio pueden corromperse: en este caso la sátira debe castigar el exceso; los lectores de la época reconocerían los ejemplos apropiados y los nombres no recuperables instantáneamente por el lector moderno. ¿Pensaría Cervantes en algún autor o libro en especial? Tal vez en *Los cuatro libros de los inventores de las cosas* de Juan de la Cueva. Tal vez en la *Silva* de Pero Mexía a quien probablemente satiriza en el capítulo 12 de esta Segunda Parte a propósito de las enseñanzas que los hombres pueden aprender de las bestias. No es improbable, pero también utilizará Cervantes a Mexía a través de su famosa traducción de la *Exortación a virtud* o *Parenesis* de Isócrates, tantas veces editada con la *Silva*, a la que parece aludir en este capítulo 12. Este mismo Mexía que contribuyó de modo principal a difundir en Europa, precisamente la palabra *humanista*.

La complejidad de relaciones culturales que cualquier texto nada inocente de Cervantes suscita, parece un lugar común perfectamente establecido. Espero haber insinuado con alguna claridad que el reexamen de los problemas de intertextualidad y de los campos léxicos puede aportar inesperadas comprensiones nuevas de una obra que se hace infinita. La correspondiente e inabarcable bibliografía cervantina, cada día más abrumadora y exigente, para particular regocijo de Cervantes, en donde quiera que esté, obliga a pensar que este intento mío linda con la arrogancia o los malos modales intelectuales; sirva como débil disculpa para la paciencia de ustedes, la deuda tutelar que tengo con el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, e indirecta y directamente con don Amado Alonso y sus discípulos argentinos, en donde, y con quienes, inicié estudios cervantinos, hace más de 30 años.

THE CITY UNIVERSITY OF NEW YORK
GRADUATE CENTER - U. S. A.

Isaías Lerner nació en la Argentina, estudió y enseñó en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, colaboró en el Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas "Dr. Amado Alonso", durante varios años. Se doctoró en los Estados Unidos donde ahora es *full professor* y director del departamento de español del Graduate Center of the City University (centro de estudios superiores graduados, donde se perfeccionan los egresados de los colegios universitarios subgraduados de la Universidad de New York).

Es autor de libros de lingüística y literatura: *Arcanismos léxicos del español de América*, obra preciada por la Real Academia Española, publicada en 1974; edición y notas de "Don Quijote de la Mancha" de Miguel de Cervantes Saavedra, en colaboración con Celina Sabor de Cortazar (segunda ed. corregida y actualizada, dos vols. 1983); edición y notas de "La Araucana" de Alonso de Ercilla, en colaboración con Marcos Morínigo, 1979, dos vols. Ha publicado numerosos artículos de lingüística y literatura en revistas académicas de prestigio internacional.

MIGUEL CANE, LUCIO V. LOPEZ:
LAS ESTRATEGIAS DEL RECUERDO

1. — 1884: *Avance, modernización*

Cuatro años desde la azarosa unificación de la Argentina, que sigue reactivando antagonismos entre Buenos Aires y el interior del país. Auge de la modernización, fervor del progreso. Hay que abrir la ciudad; se firma el contrato con Eduardo Madero e hijos para la construcción del puerto de Buenos Aires. Hay que hermostrar la ciudad: el intendente Alvear sueña con un boulevard a la Housmann desde la Plaza de Mayo, ya demolida la Recova Vieja. Persisten las barreras, ahondadas por el aflujo inmigratorio, entre la *gente decente* y la *gente de pueblo*, cada grupo integrado por subsecciones que integran una profusa taxonomía ⁽¹⁾. El primer Censo Nacional de 1869 ya ha pormenorizado esas diferencias diluyéndolas en la neutralidad de la estadística por profesiones. El Censo Nacional de 1914 insistirá en el registro detallando con la misma engañosa neutralidad las ocupaciones "lícitas" para mantener la condición de *gente decente* y especificando los tipos de trabajo que fijan las demás categorías en el amplio rubro de *gente de pueblo*. La estadística abarca, pero también señala y divide en los catastros. Ahora, en 1884, se crea por ley nacional el Registro Civil de la Capital. Modernizar es clasificar: registrar dividiendo. El progreso se abre a lo heterogéneo y lo absorbe. Censos y regis-

1) Cf. J. R. Scobie, *Buenos Aires. Del centro a los barrios, 1870-1910*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1977, págs. 267 ss., y José Luis Romero, "Una convivencia acriollada", en *Buenos Aires, historia de cuatro siglos*, José Luis Romero y Luis Alberto Romero, comps., Buenos Aires, Editorial Abril, 1983, págs. 223 ss.

tros exaltan esa necesaria heterogeneidad que no debe demoler vallas, aunque la aventura del ascenso social en la ciudad que irá creciendo matizará pintorescamente los criterios para discernir esas vallas y sobre todo las maneras de insertarse a uno y otro lado de ellos ⁽²⁾.

Para los que por sus posiciones y sus actitudes de clase están en medio de la *gente decente*, abigarramiento y heterogeneidad son doblemente inevitables porque aceleran el progreso y porque el refinamiento y la distinción se perciben mejor recordadas contra un contrario dialéctico: lo confuso, lo mezclado, lo inestable, lo sorpresivo. Modernización y progreso, segregación y rechazo: contradicción permanente en quienes piensan los rumbos que han de seguir el país y la Buenos Aires absorbente y devoradora de heterogeneidad. Hay que pensar el progreso en y desde la contradicción, y aplastando con fulgurante retórica a quienes lo programen de otro modo. Abarcar, incluir, marcar, separar, convertir la inestabilidad misma de las escisiones en el instrumento de la diferencia se promulga la ley 1420 de Educación General de la República. Culminación de un largo debate donde se ha representado con teatral fogosidad el juego del liberalismo avanzado. Los clericales han competido con los laicistas cuya energía oratoria sigue el impulso de las ideas evolucionistas y de un vehemente darwinismo que ve el progreso como una fatalidad biológica. "La ley del progreso —sentencia Eduardo Wilde— tiene que verificarse forzosamente: el progreso está en todo" ⁽³⁾.

2. — 1884: ¿Retroceso, nostalgia?

En el fervor de la modernización hay prácticas discursivas que parecen sustraerse al afán de narrar el progreso material. Son formas literarias, o estratégicamente paraliterarias: oscilan entre la exaltación de la literatura como institución sancionada

2) Cf. Francis Korn, "La aventura del ascenso", en J. L. Romero y L. A. Romero, comp., op. cit., tomo II, págs. 57 ss.

3) Cf. Marcelo Monserrat, "La mentalidad evolucionista", en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo, comp., *La Argentina del Ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1980, pág. 800.

por los frentes de prestigio europeo (inglés, francés), divinizan la cita de los *literatti* consagrados, y a la vez se presentan como documento fidedigno que soslaya la ficción o la invención. Actitudes preferidas: la autobiografía, la crónica, el pseudo repentismo en el registro de las impresiones (improvisación calculada, erizada de muestras del "saber" que es la familiaridad con el Gotta literario europeo). El espacio creado para esa práctica que exalta y a la vez enmascara lo que se considera "literatura" es el fragmentarismo. El fragmentarismo otorga libertad para proyectarse en uno y otro sentido. Institucionaliza la literatura y el documento no ficcional como dos formas discursivas que se enmascaran mutuamente: "espontaneidad" que al mismo tiempo señala con obsesiva arrogancia la distancia entre el decir intencionado y lo que presume de decirse por sí solo. Una forma de autobiografismo ⁽⁴⁾ que pone entre paréntesis los pormenores de la modernización y reapuntala la vigencia de las posiciones de clase tradicionales.

Se escribe desde y para el espacio de la gente decente *quia decet*: en el tono y la actitud que *convienen* al sujeto instalado en ese ámbito y que necesita mostrarse diferente respecto de otros sujetos. Perfilarse es marcar el límite que no traspasan —o que tardarán en traspasar— los que dentro del país han permanecido ajenos a esas posiciones de clase, o los inmigrantes que ahora acuden llamados por el progreso. Ya hay, sin duda, el tono de otra actitud y otra escritura: el criollismo populista. Una literatura que desde el espacio decente puede ser desestimada, pero que no puede ignorarse: su presencia también servirá para trazar barras de separación ⁽⁵⁾.

4) Cf. Enrique Pezzoni, Eduardo Wilde: "Lo natural como distancia", en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo, comp., op. cit., p. 707: "escribir es elegirse como destinatarios, es describirse en el acto mismo de la mirada que reconoce la imagen propia en páginas donde el espectador protagonista se instala aiosamente en el escenario cotidiano".

5) "Desde mediados de la década del 80, en que la difusión de los folletines de Gutiérrez volvió inocultable la existencia de esa literatura, hasta los años finales del siglo, la reacción de los miembros de la élite cultural pareció oscilar entre la fascinación y la cólera" antes de que surja "un programa de política cultural destinado a contener el avance de la literatura popular de signo criollista". Cf. Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1988, pág. 20.

Los relatos autobiográficos y las ficciones autobiográficas se presentan como *verdaderas*. Por un lado, quieren ser registro fiel de la experiencia vivida por el escritor "decente" a lo largo de la historia de su propio ámbito social y del otro exterior a él. (Esa voluntad de abarcar no impide que se exhiba la vehemente intención con que se conforma, o deforma, esa historia. Con la presunción documental coinciden la exaltación sentimental del que narra, el pintoresquismo que seduce porque ameniza los rasgos diferenciales entre unos y otros sujetos, y el humorismo que aparentemente des-solemniza la autoconsagración del cronista.) Por otro lado, autobiografía y pseudo autobiografía aparecen rodeadas de un halo de *verdad* porque las respaldan géneros, subgéneros, concepciones de la literatura naturalizadas como "indudables" trasuntos de todo suceder real o ficticio: el realismo, el naturalismo, el costumbrismo, formas desgajadas del romanticismo y que unidas a los protocolos del determinismo y el positivismo enmascaran la acción y la presión ideológica tras la aspiración de presentar la verdad. Autobiografías, ficciones autobiográficas: textos "históricos" paradójicamente situados al margen de la historia del progreso aluvional decretado

ad Miguel Cané, a propósito de *El idioma nacional de los argentinos* de Abeille, aunque declara que "no se puede hacer de la lengua un mar congelado", se estremece ante el riesgo de que las contaminaciones lingüísticas resulten un índice de contaminaciones aún "peores" desde el punto de vista de la clase dominante: "La circunstancia especial de ser este un país de inmigración, hace más peligrosa la doctrina que informa el libro del señor Abeille y más necesaria su categórica condenación". Legitimar un idioma futuro "que se formará, sobre una base del español, con mucho italiano, un poco de francés, una migaja de quichua, una narigada de guaraní, amén de una sintaxis *toba*", era para Cané todo un programa social revolucionario, una seria amenaza para el orden existente como lo es el romántico ideal del sufragio universal: "Todos los publicistas, pensadores y gobernantes, se afanan por predicar la pureza del sufragio universal, la espontánea manifestación de la voluntad popular; ninguno de ellos duda, no obstante, que el día en que el sufragio universal, se ejercite legítimamente, esto es, que las masas electorales sólo obedezcan a la voz de su conciencia y elijan representantes que tengan sus mismas ideas sobre la organización social y el arte del gobierno, tendremos la revolución más formidable que registre la historia". Cf. "La cuestión del idioma", en *Prosa ligera*, Buenos Aires, Casa Vaccaro, 1919, págs. 61-70, y "Nota china", en *Notas e impresiones*, Buenos Aires, "La cultura argentina", 1918, págs. 207-208.

precisamente por los mismos sujetos que de pronto lo ignoran o los menosprecian, entregados a una peculiar nostalgia. Impulsar la modernización, sustraerse a ella es un doble movimiento que define a los protagonistas del cambio, persuadidos de que están pre-determinados, de que son siempre anteriores, radiantes manifestaciones de una trascendencia inabordable por los pormenores de la transformación progresista. Hacer la crónica de lo que en esta óptica permanece más allá del cambio es, para los propios autores del cambio, aislar y reservarse un tiempo para sí, o más bien reafirmar el tiempo de sí mismos, el que fue y permanece, circular movimiento congelado, mito ideológico.

Autobiografías y ficciones autobiográficas: estrategias, programas en que los cronistas se construyen como sujetos puramente textuales, pero en textos que, a la vez arrogantes y menesterosos, no pueden prescindir del contrario dialéctico que los ayuda a constituirse como obstinada negatividad y los muestra como sujetos empíricos, autores principales de la lucha durante la cual desarrollan su táctica: apoyar un liberalismo restrictivo que escatima y ofrece al mismo tiempo; planear una sociedad aparentemente equilibrada y a la vez anhelar el voto calificado, abrir las puertas a la inmigración e ir planeando la ley de residencia para expulsar a los extranjeros que no acaten la ley y el orden de las contradicciones.

En 1884, dos representantes arquetípicos de los frentes del poder y el prestigio publican sendos libros. Uno de ellos, una autobiografía en la que evoca su adolescencia. El otro, una ficción autobiográfica cuyo protagonista cuenta un tramo de su vida ligada a la de Buenos Aires entre 1861, el año de la batalla de Pavón, y el presente desde el cual el personaje-héroe narra en primera persona. Miguel Cané publica en Viena *Juvenilia* (que reeditará en Buenos Aires en 1901); Lucio V. López hace que los talleres de la imprenta Biedma reúnan en la pseudo memoria *La gran aldea* los episodios del folletín que ha empezado a publicar en el diario *Sud América*, fundado por él mismo junto con sus amigos Pellegrini, Lagos García y Gallo. "Viciosos de la política", como los llamó Ricardo Rojas⁽⁶⁾. Cané, López:

6) *Historia de la literatura argentina*, Cuarta Parte, "Los modernos", Buenos Aires, Losada, 1948, pág. 402.

amigos entrañables, funcionarios, diplomáticos, asiduos cronistas de sus viajes, unidos por el linaje y por la acción política: hombres de una época, si no de una estirpe que rebasa los condicionamientos del linaje, para retomar las categorías que el joven Borges trazó anheloso de encontrar en el pasado mediato o inmediato a escritores capaces de dar con el símbolo del país que reuniera la realidad "vital" a una realidad "pensada" con hondura (7).

3. — *Autobiografía real, memoria enmascarada: autointerpretación*

Miguel Cané, Lucio V. López: hombres de época. Época de cambios decretados por sujetos paradójicamente constituidos por el empeño de sustraerse a esos cambios. Deseos en pugna: exhibirse como *dei ex machina* que hacen funcionar las leyes ineluctables del evolucionismo, y al mismo tiempo, afirmarse como sujetos inabordables por la razón práctica que marca el ritmo de su acción. Guerra declarada pues, entre los sujetos y los objetos conformados por su actuar. "Viciosos de la política", Cané y López, son fascinantes —y fascinados— viciosos de sí mismos: previos, anteriores, incontaminados, han organizado un suceder frente al cual se sienten incorruptos. No es el sacrificio de sí mismos el que los ha lanzado a la acción: al contrario, es la fruición de mostrarse en el cruce mismo de los deseos encontrados. De ese modo, privilegian una escritura que es el mejor vehículo para su propósito: la autobiografía real y la seudo autobiografía que tenuemente enmascara, tras el héroe ficcional, al sujeto que se propone narrarse, constituyen y reconstituyen una y otra vez a través de la escritura al sujeto fascinante por sus contradicciones y él mismo fascinado por ellas. La autobiografía y la seudo autobiografía se proponen dos representaciones: la imagen de los momentos vividos por el que ahora los narra, la autorreferencialidad escarada del que ahora escribe: la *cara* está en la vacilación entre el intento de reproducir con fidelidad los sucesos pasados y la única verdad

7) *El tamaño de mi esperanza*, Buenos Aires, Editorial Proa, 1926, páginas 7 y 8.

que es reproducir el pasado a partir de la actualidad de la escritura.

"Una manera específica de descubrirse al otro" (8). Proyecto de descubrimiento: los hombres *públicos*, "viciosos de la política", se entregan a la fruición de mostrar (exaltar públicamente) la intimidad que ofrecen como un precioso don al espectador-lector. El escenario en que se exhiben es el de la diferencia y la divergencia. Diferencia entre el que convierte su acción pública en actuación ante un público, y ese público mismo al que encomienda la actitud del aplauso. Divergencia doble: por un lado, escisión entre la presunta fidelidad a la realidad evocada, y la fidelidad a la realidad presente que es la del momento en que se reprograma el recuerdo. Por el otro, bifurcación entre el yo pasado, protagonista de los recuerdos evocados (un yo reconstruido, y en este sentido ficcional, tanto en la autobiografía real como en la seudo autobiografía), y el yo que es el del *ahora*, el del que escribe. Instalarse en esta divergencia, mostrarse constituido por ella en el relato autobiográfico o seudo autobiográfico, supone una actitud fuertemente ideológica que legitima como la *mejor* "verdad" o "sinceridad" precisamente esa ambivalencia entre un supuesto rigor documental y una trama incesante urdida por el supuesto documento. Sólo en este designio de legitimación son autobiográficos y memorialistas Miguel Cané y Lucio V. López. Desde su presente de hombre de acción, Cané se desplaza al pasado: en *Juvenilia* recuerda el ámbito del Colegio Nacional, el espacio donde se divierten los jóvenes dioses que serán hombres públicos o que fracasarán y quedarán fuera de la acción de los funcionarios. Lucio V. López se instala en divergencias de segundo grado. "Recuerda" y "documenta" a través de la primera persona narrativa de su personaje Julio, quien registra un tramo de su vida y los tramos sucesivos durante los cuales Buenos Aires se transforma a través de la emergencia de nuevos sectores de la burguesía que suponen la vulgarización, la codicia, los códigos de conducta irrisorios desde el punto de vista de las normas patricias. Las luces del progreso material decretado por Cané

8) Jean Starobinsky, "Al estilo de la autobiografía", en *La relación crítica (psicoanálisis y literatura)*, trad. esp., Madrid, Taurus, 1974, pág. 67.

y López se amortiguan en el teatro de su escritura y se encienden otras que los iluminan como sujetos "primeros", "anteriores", "verdaderos" y "sinceros" al revelarse como tales. Estas crónicas del regreso al Yo situado en el origen se instalarán de este modo en una tercera divergencia: esta vez entre los tonos diversos de la escritura, que oscilará entre la rememoración nostálgica y el desenfado de la comicidad. En la autobiografía y la pseudo autobiografía coinciden así el lamento elegíaco (veneración del que fue desde antes de los tiempos del progreso) y la concatenación de episodios risueños que, enhebrados por el Yo memorialista, reproducen los tonos de la narración picaresca. El Yo que legitima con arrogancia su intencionada decisión de "sinceridad" quiere demostrar que es capaz tanto de la mirada empañada por las lágrimas como de la risa: persuade a su público lector de que, más allá del llanto elegíaco, puede reírse de sí mismo y sobre todo del otro: el que no tiene entrada en su propio ámbito trascendental, el que llega como inmigrante o el que medra y asciende impulsado por la marea de los cambios, y roza los bordes del espacio mismo de la clase dominante. Los jóvenes estudiantes de *Juvenilia* alardean de su displicente ignorancia en las aulas del Colegio Nacional, se escapan por las noches para reunirse en cafés que llaman "clandestinos" o para aventurarse en fugaces episodios eróticos, roban sandías en la huerta de los vascos inmigrantes, pelean entre sí y se ridiculizan diluyendo el arraigado encono político entre provincianos y porteños separatistas en la comicidad de escarceos linealísticos que componen viñetas costumbristas: "Habíamos pillado un trozo de diálogo entre dos de ellos [provincianos], uno que decía, con una palangana en la mano: 'Agora no más la vo a derramar'; el otro que contestaba en voz de tiple: '¡No la derramis'. Lo convertimos en un estribillo que les ponía fuera de sí, como los rebuznos de uno y del otro alcalde en la aldea de *Don Quijote*" (9). Vicente V. López, hijo del historiador Vicente Fdél López y nieto de Vicente López y Planes, el autor del Himno Nacional Argentino, también acude a la fusión de la picaresca y el costumbrismo literario para demostrar cómo logra mantener "con su ingenio y su carácter el lustre de la casa

patricia" (10). En medio de las disputas políticas y la profusión de los cambios en Buenos Aires entre 1860 y 1884, el autor de *La gran aldea* (subtitulada "costumbres bonaerenses" en la primera edición) practica el *castigat ridendo* y se instala con el ceño fruncido y la sonrisa burlona del moralista tras el narrador protagonista que ha elegido como su alter ego para que enhebre los cuadros que componen la novela. Y reviste a su héroe portavoz de los rasgos de un doblemente marginado: por la "digna" pobreza (11) en que lo ha dejado la orfandad (y que lo obliga a la humillante mendacidad como huésped mal recibido en la casa de sus tíos económicamente poderosos; y por el desapego con que ve a los que aprovechan los cambios para ascender socialmente y económicamente. Su mirada los congela como burdas efigies del progreso material: la tradición del costumbrismo le autoriza la fabricación de estereotipos y la pintura de verdaderos monstruos, desde la andrógina tía Medea hasta la profusión de nuevos ricos que atiborran los salones del Club del Progreso, fundado por "la dorada juventud del año 52", "centro del buen tono, esencialmente *criollo*, que no ha tenido nunca ni la distinción aristocrática de un club inglés, ni el *chic*

10) Ricardo Rojas, op. cit., pág. 197.

11) Pobreza del patriciado que no se aviene a las maniobras mercantiles de la nueva burguesía emergente: rasgos que también caracterizan al Miguel Cané narrador de *Juvenilia* y a muchos de sus discípulos evocados, también alardeadores de una elegancia que adorna esa pobreza con los atavios de una aparente bohemia legitimada por la tradición literaria, "La mayor parte de nosotros éramos pobres, y nuestras madres hacían sacrificios de todo género para darnos educación [...] Pero ¿qué nos importaba? Éramos filósofos descreídos y un tanto cínicos, nos revoleábamos en el gimnasio, y el eterno botín de doble suela, ancho y largo, nos permitía correr como gamos en el rescate. Usábamos el pelo largo y deseuidoado, teníamos en fin, esa figura desgraciada del muchacho de quince años, que empieza a salir de la infancia, sin llegar a la virilidad" (pág. 126); Matías Behety, uno de los camaradas: "el bohemio de Murger, con más delicadeza, con más altura moral. El pelo largo y deseuidoado, el traje raído, mal calzado, la cara fatigada por el perpetuo insomnio, los ojos con una desesperación infinita en el fondo de la pupila" (pág. 37); Benito Neto, otro compañero: "Se educaba allí (en el Colegio Nacional) un tipo acabado de bohemio, lleno de buenas intenciones de corazón, haragán como marmota..." (pág. 51).

9) Cito por la edición de Editorial Huemul, Buenos Aires, 1966, pág. 79.

de uno de los clubs de París" (12). El narrador protagonista olvida por un momento la primera persona en que cuenta y al utilizar el Club del Progreso como piedra de toque para ilustrar con quienes lo frecuentan diferentes subclases de arribistas y medradores sociales, se desliza durante un trecho hacia la tercera persona del historiador o del cronista. Sin embargo, el discurso no deja del todo el lugar a la historia, para usar la distinción propuesta por Emile Benveniste. La galería de personajes retratados con intencionadas deformaciones lindantes con la caricatura es desplegada por el cronista en tonos fuertemente subjetivos que trasuntan la risa desdeñosa y el escándalo aristocrático: "no falta un ejemplar de denso burgués pantagruélico, gastrónomo, noctámbulo, engordado y enriquecido por el vientre de sus vacas, que se hace servir allí mismo un chorizo por noche, mientras que, con el profundo desdén del bruto feliz, descuidado el traje, pelado a la *mal-content*, mira todo lo que lo rodea con satisfecha apatía" (pág. 105). Las marcas lingüísticas de la subjetividad rebasan el espacio de las imágenes y la adjetivación irónicas, y la valoración ideológica se exalta en las exclamaciones que parecen remedar los énfasis de una suerte de oratoria sagrada: "¡Pero qué variado espectáculo! (...) ¡Cuánta cara foránea, ahorcada por cuellos anticuados, encorbatada de raso tórtola, bizantinamente enfracada con pantalón en forma de caño y botines de brasileño guarango!" (págs. 106 y ss.). Este breve tramo en tercera persona privilegia tanto la intensidad del espectáculo ofrecido e ideológicamente valorado, como al héroe narrador, que finge retroceder y eclipsarse entre los contenidos de su descripción. La exaltación del sujeto textual (y del sujeto empírico embozado tras él) no disminuyen, pues. Ese desliz hacia la narración seudo autobiográfica en tercera persona que altera la impasibilidad del cronista con la vehemencia de su valoración no es, pues, una muestra de modestia: saca partido de las imágenes así expuestas para mayor énfasis del héroe narrador, ahora momentáneo historiador.

12) Cito por la edición de Eudeba, Buenos Aires, 1960, pág. 103.

Autobiografía y seudoautobiografía memorialistas: la estrategia del recuerdo afirma a los sujetos embarcados en el proyecto del progreso material y la modernización de la ciudad, del país, sustrayéndolos a las secuelas de esa transformación radical; la vulgarización y la forzosa mezcla con el otro, el recién llegado. ¿Estrategia defensiva? (13) Más bien placer de trazar

- 13) Es a través de la lectura posterior, no contemporánea de estos sujetos del 80, como pueden discernirse los mecanismos defensivos y el miedo implícitos en la ficción de autorretrato narrativo. En un ensayo ya canónico, David Viñas acude a la fenomenología del imaginario poético de Gastón Bacheiard y a una suerte de hermenéutica psicoanalítica para definir el estilo de los *gentlemen* del 80 y en especial de Miguel Cané como índice del miedo ante la invasión "de lo otro", manifestado en la topología "adentro/afuera". El interior, el adentro de la clase dominante, es el de la idealización y la desrealización: sinónimo de espiritual, espíritu, pureza virginal, el pasado, las mujeres y la madre [...] el ámbito doméstico, lo tradicional y las relaciones patriarcales [...] la defensa de lo interior, por consiguiente, [...] es enfrentarse a la presencia de la realidad y de la historia en su primer término, más adelante al avance de lo nuevo y, por último, a la invasión de los recién llegados a quienes se ve como trepadores, logreros y potenciales violadores". Cf. "Cané: miedo y estilo", en *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, J. Alvarez, 1964; cito por la reedición de CEAL, Buenos Aires, 1982, págs. 194-205.

En esta perspectiva, y para una caracterización del adentro no idealizado, cf. Noé Jitrik, "Cambaceres: adentro y afuera", en *Boletín de literaturas hispánicas*, No 2, Rosario, 1960, citado por Viñas para trazar la frontera entre el "interior" ideal, oficial, institucional, y el "interior" pecaminoso, degradado, mezquino, de los sujetos instalados en el poder. La lectura de Viñas, fuertemente histórica —es decir, que moviliza categorías abstractas percibidas y relativizadas en relación a un contexto o situación histórica—, sobre todo se proyecta desde el momento en que él lee. Con el ceño fruncido ante las pintorescas sublimaciones del "interior" en Cané, hace fruncir el ceño de miedo a Cané. El miedo que el estilo del autobiógrafo memorialista deja traslucir sería miedo ante la "realidad" ante la cual Cané no puede sino retroceder. Lectura certera, sin duda, pero que hecha desde el *ahora* del crítico-intérprete deja de lado otros matices de esa "realidad" no monolítica, como no lo es ninguna imagen de "realidad". En ella está también el placer narcisista de Cané, de López. Un placer desde el cual señalan, sin duda, un riesgo a sus pares, pero que se deja dominar por la fruición de trazar la imagen propia. Para una reiteración escolar de lectura de Viñas, cf. Santiago González, *Miguel Cané*, Enciclopedia de la literatura argentina, CEAL, 1968.

un autorretrato irradiante, es decir que se moviliza y prolifera a lo largo de la narración que es el recordarse. El autorretrato *sucede*: avanza hacia el punto de arranque, acumula episodios, anécdotas, cuadros de costumbres que son otras tantas rúbricas del que se pinta a sí mismo como diferencia radical. Contar es sumar en provecho propio los episodios narrados. No hay otro cómputo final que la imagen misma del que ha organizado la suma.

4. — *Determinismo, evolucionismo: ángeles y monos*

El 80: énfasis en el positivismo determinista y positivista que apuntala el diagrama del progreso y la modernización. Pero Cané y López, los sujetos "previos", hacen piruetas para hurtar ellos mismos el cuerpo a las ideas evolucionistas que subyacen en los proyectos, sobre todo en los programas educacionales, y asimismo para escatimarse a toda imagen de sí que se revista de una trascendencia no propuesta por ellos. Rechazo simultáneo del evolucionismo darwiniano, y también de la ubicua esencia espiritual regalada por la religión y asegurada por el clericalismo (14).

En 1875, Eduardo Holmberg, estudiante de medicina de veintidós años, publica los catorce capítulos de su relato *Dos partidos en lucha*, donde pugnan darwinistas y "rabianistas" (Rabian es en el relato un caudillo antitransformista). La ficción de Holmberg espectaculariza así "el recurso de Darwin (que) comienza a ser empleado por los nuevos grupos que conforman la avanzada intelectual del ochenta. El evolucionismo —en su discreta versión darwiniana o en su radical postulación spenceriana— se convierte en elemento central e impregna de un

14) Cf. *Juvenilia*: "Eramos ateos en filosofía, y muchos sosteníamos de buena fe las ideas de Hobbes. Las prácticas religiosas del Colegio no nos merecían siquiera el homenaje de la controversia" (pág. 221). "Todos por un esfuerzo común, levantemos ese Colegio Nacional que nos dio el pan intelectual, desterramos de sus claustros las cuestiones religiosas, y si no tenemos a un Jacques que poner a su frente, elevemos al puesto de honor a un hombre de espíritu abierto a la poderosa evolución del siglo, con fe en la conciencia y en el espíritu humano" (pág. 39).

militante progresismo biologista el estilo y el contenido de nuestro positivismo" (15). Eduardo Wilde ironiza: "El hombre es el animal más orgulloso de los que habitan la superficie del globo terrestre (...). En virtud del mismo orgullo, no quiere tampoco que nada de lo que le afecta particularmente, ya sea como individuo, ya como miembro de una sociedad dada, suceda sin su intervención, sin su decisión, sin su voluntad de raciocinio (...) y para que esto fuera fácilmente explicable, tuvo que inventar. Inventó, en efecto, el libre albedrío y sus consecuencias". Y a propósito del anuncio publicitario "El chocolate Perón es el mejor chocolate": "(...) y como los hombres tienen mucho de monos, verdad que se ha reconocido aún antes que Darwin demostrara nuestro parentesco con esos animales, todos a una leían y repetían: "el chocolate Perón es el mejor chocolate" (16).

Lucio V. López se ríe exacerbando en una *singerie* de agresiva comicidad la profusión de *parvenus* que invade los salones del Club del Progreso. En 1875, Miguel Cané oscila entre las actitudes de sus amigos: la ironía científicista de Eduardo Wilde, la carcajada admonitoria de Lucio V. López. Enarca las cejas y dictamina que "sacrificaríamos nuestra dignidad de hombres aceptando la disgustante teoría de Darwin sobre la transformación de las especies con tal de que el fenómeno de la resurrección de la sensitiva fuera exacto", y ya entregado del todo al delirio narcisista se mira en un espejo que lo autoriza a proclamar: "¿El hombre es mono o ángel? Yo, señor, me pongo del lado de los ángeles. Repudio con indignación y asco esas novedosísimas teorías" (17).

Angeles, monos. Los que están "del lado de los ángeles", fascinados por la lejanía que los separa de los monos, se imponen un imperativo ético: tomar en sus manos propias los

15) Cf. Marcelo Montserrat, op. cit., págs. 795 ss.

16) "El chocolate Perón es el mejor chocolate" y "Carta al Sr. Andrade sobre su canto titulado «Prometeo»", en *Tiempo perdido*, El Ateneo, Buenos Aires, 1931, págs. 221 ss. y 253 ss.. Cf. Marcelo Montserrat, op. cit., pág. 796.

17) *Ensayos*, Editorial Sopena, Buenos Aires, págs. 111-114.

postulados del evolucionismo. Si ellos son los "previos", los "predeterminados", deberán inaugurar un determinismo que eduque el instinto. Los debates sobre los programas de educación, los artículos periodísticos de la prensa política insistirán en esas pautas morales que distinguen a ángeles de monos y que al mismo tiempo pueden acortar las distancias entre ambos. La urgencia de distanciarse del pasado, de las luchas internas entre separatistas y federalistas, del enfrentamiento entre mitristas y alsinistas, confirmarán la intención de imponer la moral como enérgico programa de acción. Una moral que se vuelva ley de acatamiento a los órdenes vigentes. La civilización argentina será posible si se impone esa obediencia. El diario *Sud-América* publica el 23 de agosto de 1887:

"Cuando recordamos el pasado sombrío, la lenta gestación de las discordias y contiendas fratricidas, los tanteos, los tropiezos, el caudillaje bárbaro poniendo barreras al progreso —como si fuera posible ponerle barreras al mar— y nos fijamos en el espectáculo soberbio de la época presente, vienen a la memoria los versos del cantor de la raza latina y en más de una ocasión el espíritu entusiasmado —ebrio de ese entusiasmo que es la fortuna de las almas generosas— lleva a los labios las caldeadas estrofas del poeta: «De pie para cantarla que es la patria, la patria bendecida.»" (18).

Los artículos periodísticos de Miguel Cané insisten una y otra vez en ese programa de "educación moral" que encamina el rumbo del evolucionismo. La "Introducción" a las crónicas reunidas en el tomo *En viaje (1881-1882)* alardea del avance de ese plan: "Si el camino material que hemos hecho es enorme, nuestra marcha moral es inaudita. A mis ojos, el progreso en las ideas de la sociedad argentina es uno de los fenómenos intelectuales más curiosos de nuestro siglo". Educación para la mesura, no para el estallido revolucionario. Precisamente, si de algo se trata es de evitarlo: "Reformar, lentamente, evitar las sacudidas de las innovaciones bruscas e impremedi-

18) Citado por Tim Duncan en "La prensa política": "Sud-América", en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo, comp., op. cit., pág. 735.

tadas, conservar todo lo que no sea incompatible con las exigencias del espíritu moderno; he aquí el único programa posible para los americanos" (19). Innovar conservando, afirmando la supremacía del ángel. En muy buena medida, las crónicas de viaje de Miguel Cané, más allá del exotismo en que se complace al narrar su visita a las Antillas Francesas, o el refinamiento de los asistentes al Covent Garden londinense, o la imponencia de la sabana americana, son *llamados al orden*: advertencias contra la posibilidad de la conmoción revolucionaria. La seductora sensualidad de las negras martiniqueñas no le hace olvidarse de la "bestialidad" que atribuye a las fiestas y bailes que, por otro lado, ha descrito con morosa fruición: "Es la bacanal más bestial que es posible idear, porque falta aquel elemento que purificaba hasta las más inmundas orgías de las fiestas griegas: la belleza. No he visto nada más feo, más repulsivo que esos negros sudorosos: me daban idea de orangutanes bramando de lascivia..." (pág. 84). El mono es la amenaza permanente, a veces con la complicidad de los ángeles atolondrados: "no hay negro que no sea comunista, como no hay canónigo que no sea conservador. El día en que suceda lo que se teme, habrá una invasión a las propiedades de los blancos que, reprimida o no, traerá seguramente la ruina" y "es bien difícil encontrar el remedio sin ir contra las ideas absolutas de igualdad que hoy imperan en Francia" (pág. 89).

Lucio V. López, Miguel Cané: coalición de ángeles traviesos, pero siempre justicieros. El costumbrismo de Lucio B. López se alía con las notas cargadas del naturalismo para imponer castigos ejemplares: en *La gran aldea*, la "hemorragia cerebral de forma apoplética paralítica" derriba a la tremebunda y retrógada Medea; durante un carnaval simbólico, un incendio no menos simbólico mata a la hija del tío Ramón, que acaba en un hospicio purgando el delito de haber cedido a la ambición de su mujer Blanca, codiciosa y adúltera. (Las mujeres: vehiculos, en López, del mal y del castigo). En la seudo autobiografía de Julián el ir y venir de sus recuerdos

19) *En viaje (1881-1882)*, 2ª reedición, Buenos Aires, Talleres Argentinos, de L. H. Rosso, 1928, págs. 36, 39. En adelante cito por esta edición.

son una cartilla de la moral angélica ⁽²⁰⁾. El memorialismo de Miguel Cané se entrega al placer de rememorar las travesuras de los jóvenes ángeles que asisten a las aulas del Colegio Nacional. Angeles que divinizan la autoridad: Amedée Jacques, primero, el propio Miguel Cané, después, él mismo dios sentado ante la "mesa terrible de los examinadores". Ya funcionario, antes de subir al estrado, Cané rememora sus propias travesuras y las de sus camaradas, y las concluye con una precisa evocación: "... y he aquí el cuarto famoso donde fue introducida por engaño la sirvienta que traía la ropa limpia al *mono* Latorre (la cursiva es de Cané), sufriendo las expresivas galanterías de los circunstantes, mientras el referido *mono*

20) La exactitud cronológica de los avances y retrocesos con que el narrador Julio va enhebrando el recuento de su vida poco importan a Lucio V. López, más preocupado por la alternancia acronica, cíclica, de desafueros y castigos. Las puntualizaciones de los lapsos transcurridos abundan, sin embargo, en el texto. Pasan veinte años entre la muerte del padre del narrador, hacia 1860, y los hechos narrados al final de la novela. Sin embargo, autor y narrador olvidan que han de ajustarse a ese lapso, y el lector empeñado en seguir las fechas y precisiones temporales que el relato ofrece, descubre incongruencias. Cuando el narrador sale del colegio secundario, donde ha pasado seis años y al que ha ingresado a los quince, se supone que tiene veintiún años. Pocas líneas después afirma: "han pasado veinte años", es decir desde el comienzo de la narración, cuando narra los episodios de la ciudad durante los festejos por la batalla de Pavón, en 1861. El cálculo minucioso de acuerdo con los datos que él mismo ofrece descubre que Julio salió a los treinta y dos años del colegio: ha rebasado los límites mismos de su vida. (Cf. los cálculos de Nora Dottori en la clase sobre *La gran aldea* dada en la Facultad de Filosofía y Letras el 22 de junio de 1987, versión taquigráfica impresa por "Biblos"). *Dormitat Homerus?* Ricardo Rojas, lector agudo, subraya los apresuramientos y aún las chapucerías de estilo en Lucio V. López, pero se adhiere a la actitud ideológica de López y su lectura apunta al tipo de imagen del país y la ciudad que el libro ofrece: el subtítulo de la edición original, "Costumbres bonaerenses", dice, "parece revelarnos que el autor se propuso hacer una serie de cuadros ligados más que por los tenues hilos de una fábula, por la unidad del ambiente porteño que describió. La Buenos Aires que precedió a la federalización de 1880, la aldea cursi y presuntuosa que precedió a la opulenta cosmópolis actual, quedó en este libro pintada con rasgos inconfundibles, y eso lo convierte, para nosotros los argentinos, en un documento perdurable, porque no hay otro mejor en nuestra literatura" (Op. cit., págs. 403-404).

amarrado al pie de un lecho, ofrecía el espectáculo confuso de un sátiro enardecido llorando a lágrima viva..." (páginas 133-134).

Angeles, monos: *Juvenilia* se cierra con una exhortación moral: "Yo diría al joven, que tal vez lea estas líneas paseándose en los mismos claustros donde transcurrieron cinco años de mi vida, que los éxitos todos de la tierra arrancan de las horas pasadas sobre los libros en los años primeros" (pág. 138). *Juvenilia* abandona la sonrisa y amonesta. Así, el propio libro signa el rumbo de su destino ulterior: libro de lectura obligada en las aulas de la escuela argentina. Los ángeles fascinados ante la propia imagen se condenan para siempre a ser los ángeles guardianes del orden.

ENRIQUE PEZZONI

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
REPUBLICA ARGENTINA

El profesor Enrique Pezzoni ha sido director del Departamento de Letras de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Es actualmente titular de la cátedra de Teoría y Análisis Literario, con dedicación plena. Se formó en el Instituto Nacional Superior del Profesorado "Joaquín V. González" y fue allí discípulo de María Rosa Lida de Malkiel y de Raimundo Lida. Más tarde colaboró en la cátedra de Introducción a la Literatura que dirigió Ana María Barrenechea hasta la intervención militar de Onganía.

Como profesor visitante ha dado clases en la Western Reserve University, Emory University, University of Illinois at Urbana Champaign, en la Ohio State University, en el Graduate Center de la New York University, todas ellas en los Estados Unidos, y en el Antony's College de Oxford, en Inglaterra.

En 1965 obtuvo la beca *J. S. Guggenheim*. A su labor de profesor y crítico se suma la de traductor (entre muchas otras obras, se le debe la traducción de *Moby Dick* de Melville).

Ha publicado *El texto y sus voces*, Buenos Aires, Sudamericana, 1986, y múltiples artículos en revistas argentinas y extranjeras, entre ellos "Fervor de Buenos Aires: autobiografía y autorretrato", "Memoria, actuación y habla en un texto de Roberto Arlt", "Eduardo Wilde: lo natural como distancia", "Mito y poesía en Enrique Molina", "Silvina Ocampo: orden fantástico, orden social".

INDICE

INTRODUCCION

"Datos biográficos del Dr. D. Rafael Lapesa Melgar", por Norma
C. de Martínez Cultiño 17

ACTO DE ENTREGA DEL PREMIO EN EL COLEGIO NACIONAL DE BUENOS AIRES

"Don Rafael Lapesa Melgar, maestro de filólogos", por Ana
María Barrenechea 21

"Palabras de respuesta y agradecimiento por el premio recibido",
por el Dr. D. Rafael Lapesa Melgar 29

CONFERENCIAS

Dr. Hans U. Gumbrecht:

Historiografía de la literatura española: ¿un romance hispa-
no - germano? 39

Dr. Isaias Lerner:

El Quijote: Segunda Parte. Parodia y Creación 63

Prof. Enrique Pezzoni:

Miguel Cané y Lucio V. López: la estrategia del recuerdo 83

Se terminó de imprimir la cantidad de 1.000 ejemplares en el mes de mayo de 1991, en los Talleres Gráficos del Ministerio de Cultura y Educación, Directorio 1781, Buenos Aires, Argentina.
